

# ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-  
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES  
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

DIRECTOR PROPIETARIO:  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

Núm. 34

NUMERO SUELTO  
60 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid



# INTERESANTE

Por convenio con la Casa

**ESPERANZA Y UNCETA**, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

## Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a plazos por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

**Precio, 40 pesetas.**

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





## EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

# CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

### GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.-TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

### SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.-TOLEDO

#### NOTA DE PRECIOS

Pts.	Pts.
Capote paño 1.ª..... 150	Uniforme kaki de estambre
Capota paño o estambre.. 210	o gabardina con pantalón y calzoncillos..... 150
Pelliza de 1.ª, rizo de id. 120	Idem id. de drill, con id. 70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada..... 225	Volver pelliza con todos los avios y dorados.... 70
Guerrero de paño o estambre.. 120	Idem guerrero con id. id. idem..... 50
Pantalón Rey con franja seda..... 60	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache... 17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,  
la juventud renace en mí,  
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

#### ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

## IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.



## DEL REY ALFONSO XII

# UNA ANÉCDOTA DE SU VIDA

El ex embajador de Francia en Madrid, barón des Michels, publica en su libro «Souvenirs de Carriere» la siguiente interesante anécdota del Rey Alfonso XII.

«Alfonso XII—dice—no se inclinaba a dar a la expresión «régimen constitucional» mayor alcance del que le convenía. Entendió ser el señor al mismo tiempo que el padre de sus súbditos. En la gran familia de soberanos señalaba su puesto en el primer rango, y el hijo de Luis XIV miraba de alto a bajo a tales o cuales monarcas cuyo poder era mayor, pero cuya casa era más reciente.

En cambio, en las relaciones de la vida corriente, nadie se colocaba con más facilidad en el punto exacto según el medio y las circunstancias. Afable o severo, atento y asiduo con las señoras, benévolo con ciertos tonos de altanería con respecto a los hombres, siempre lleno de ingenio, de oportunidad y de alegría, apasionado hasta el exceso y sin embargo grandemente escéptico, Alfonso XII olvidaba que era rey, con tanta mayor facilidad cuando menos estaba uno tentado de olvidarlo.»

He aquí la anécdota, que si no estuviese contada por el exembajador de Francia parecería inverosímil a muchos, no porque Don Alfonso fuese incapaz de la broma que verán los lectores, sino porque su personalidad era demasiado conocida y el francés debía estar muy ciego para no ver que tanto en la calle como en el palacio, su acompañante era objeto de manifestaciones de respeto que no se tributan a un cualquiera. Dice el barón:

«Hemos tenido durante mucho tiempo al frente de uno de nues-

tros grandes servicios de frontera a un hombre bueno y excelente, M\*, verdadero tipo de funcionario francés, que residía desde muchos años cerca de las márgenes del Bidasoa, sin haber tenido jamás la tentación de cruzar aquél río. Por último, cansado de oír celebrar a Velázquez y a Murillo, por todos los viajeros que volvían de España, nuestro compatriota se decidió un día a tomar una licencia de una semana para ir a visitar él también la patria de Carlos V.

En cuanto llegó a Madrid se hizo llevar a uno de los hoteles de la Puerta del Sol, abrió su maleta, se puso un sombrero de copa en la cabeza y un paraguas debajo del brazo, y con aquel atavío tan francés salió, provisto de las indicaciones que le dió el portero, camino del Palacio Real.

Cuando hubo llegado a la mitad de la calle del Arenal, concibiendo algunas dudas acerca de su dirección, vió a un individuo con el sombrero y la capa reglamentarios, se acercó a él y le preguntó el camino con mucha cortesía, pero en nuestra lengua. El español se hizo repetir dos veces la pregunta, y no comprendiéndola, se encogió de hombros y siguió adelante sin contestar. Nuestro viajero, sofocado por el poco éxito de su paso, se quedó vacilante un momento; pero viendo en la acera opuesta a un transeunte con sombrero hongo y fumando un enorme cigarro, que había estado contemplando la escena riéndose, M\* se dirigió a él, interrogándole con estas palabras:

—¡Ah! Usted es francés, eso se ve de seguida, y me dará usted las indicaciones que no he podido sacar de ese mal educado

que afecta no comprenderme.

—No—contestó el transeunte—soy español yo también, pero he vivido en vuestro país y conozco bastante bien su lengua. Acabo de oír que se dirige V. hacia el Palacio de Oriente; yo también voy hacia el mismo barrio, y si quiere usted que hagamos el camino juntos, le guiaré y charlaremos un rato; hasta puedo hacerle a usted visitar una parte del Palacio, porque tengo allí amigos y me conocen bien. No puedo disponer más que de media hora. ¿Le conviene a usted?

Nuestro viajero, encantado, acepta con reconocimiento. Llegan a Palacio y penetran sin la menor dificultad; nadie los detiene, y M\* observa al contrario, que le ceden el paso con una cortesía que le hace olvidar la grosería del primer transeunte. Visitan así los salones y las terrazas, admiran los puntos de vista sobre el Manzanares y la Casa de Campo, cruzan por el almacén de tapices, entran en la capilla, y por último se detienen delante del Ministerio de Estado.

En aquel momento el guía, que no había cesado de dar explicaciones interesantes, saca el reloj y expresa su sentimiento por no poder llevar más allá la exploración, pero el caso es que tiene prisa porque ha de concurrir al Consejo, donde ya le están esperando.

M\*\* se confunde en exuberantes expresiones de agradecimiento y de amistad, saca la cartera, entrega su nombre a su cicerone y trata de comprometerle con mucho interés para que emprenda el viaje a Bayona, y le exige la promesa de que, una vez allí, no tendrá más guía que él. Reclama a



su vez que su nuevo amigo le dé su tarjeta. Este se disculpa diciéndole que no lleva ninguna encima, pero —añade,— «dentro de un par de meses tengo de ir a San Sebastián; trataré de llegar hasta Bayona, y si no puedo llevarla en persona, por lo menos le mandaré la tarjeta que me pide».

Se estrechan las manos, se separan, y al cabo de unas cuantas semanas, el digno funcionario recibe un pliego y un paquete. El pliego contenía una fotografía, la del rey Alfonso, con estas palabras escrita de su mano:

*A M\*\*\* de la part de son cicerone de Madrid.*—ALFONSO.

El paquete encerraba la cruz y el diploma de caballero de la orden de Carlos III. Hasta entonces no supo M\*\*\* quien era su amigo de Madrid.



## EL REAL SITIO DE EL PARDO

Nuestro Rey ha ofrecido a la ex-emperatriz de Austria, hidalga hospitalidad en su palacio del Pardo. Con tal motivo, resulta de actualidad este real sitio, donde se aloja una familia imperial desgraciada, víctima de la gran guerra.

El Real sitio del Pardo es un gran parque de caza, propio de la Corona y situado al N. de Madrid, siguiendo el curso del Manzanares que lo atraviesa. Extiéndese desde las tapias de la Casa de Campo a la orilla derecha del río, por una parte, y desde las de la Moncloa (Escuela de Agricultura) a la izquierda, por otra, hasta el puente y cerro de Marmota (término de Colmenar Viejo), que se levanta ya en la misma base de la sierra del Guadarrama, y donde se despeña el Manzanares, este mismo Manzanares, que todos conocemos, tan liso y tan manso, formando una

hirviente cascada de blancos y verdosos encajes.

En esta dirección, o sea de N. a S., mide el Pardo un longitud aproximada de 20 kilómetros, por unos 14 de ancho, que viene a contar de E. a O. 80 kilómetros de circunferencia y 200 kilómetros cuadrados en total.

Un poco más acá de la mitad de su longitud, y a la margen izquierda del río, se halla situado el palacio, rodeado por unas cuantas casas. Hasta la puerta de ese palacio llega una carretera, paralela al río por la margen dicha y que en el puente de San Fernando (a 7 kilómetros de la Puerta del Sol) arranca de la general de la Coruña y brinda las más hermosas perspectivas en todo su trayecto.

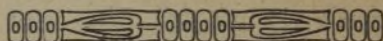
El palacio fué edificado por Carlos V, de cuyo tiempo aún conserva parte de la fábrica, en especial el lienzo de Poniente, con su puerta y cinco lindas rejías, del estilo del Renacimiento, como otras cuatro de la fachada N. y los grandes escudos de las esquinas, con sus águilas y coronas imperiales. No subsiste, en lo exterior, mucho más que esto, por haberse quemado en 1604, pereciendo entonces, a lo que se dice, hermosos cuadros de Tiziano, Moro, Sánchez Coello y otros pintores de nota. El conjunto actual, reparado por Mora en el reinado de Felipe III y cuyo estilo, hartó inferior, puede verse sobre todo en la fachada S. y en la cubierta del edificio, fué perfilado por Carlos III y presenta una masa de buenas proporciones —hijas del plano antiguo— mixta de castillo y palacio, circundada de un ancho foso. Un paso cubierto, que atraviesa el foso y la calle, pone al palacio en comunicación con la capilla, de gusto neo-clásico.

Entremos por la puerta de Po-

niente, surmontada aún por la inscripción cesárea al uso de su fundador (*Imp. Caes. Car. V.*)—Tras del ancho vestíbulo, se abre un patio, que de los tres del palacio es el que más vestigios guarda del siglo XVI; y subiendo por la escalera de la derecha, se admira un hermoso retrato de D. Juan de Austria, por Ribera, cuadro al cual no suele dársele toda la importancia que merece, y que es el único interesante que queda hoy en la casa; sin ofender a dos cacerías en el estilo de Voss, algún retrato y otros dos lienzos modernos de historia.

Las salas del Alcázar sólo ofrecen algún interés, bajo el punto de vista del mobiliario y los tapices, salvo la pieza inmedita al salón principal, donde se conserva un techo pintado en el siglo XVI, quizá algo retocado después y ejecutado en el estilo clásico rafaelesco, si bien con cierto prurito de imitación arcaica. Las fajas que dividen los cuadros son muy curiosas. Los demás techos y algunos lienzos de pared pintados desde la época de Carlos III hasta la de Isabel II, son por extremo flojos; el mejor es el de Bayeu, en el salón cuadrado.

A igual tiempo y estilo, esto es, al estilo neo-clásico, corresponden los muebles y tapices, así como los bronce y porcelanas de Sèvres y el Retiro y las arañas colgadas de las bóvedas. Casi todos los tapices y alfombras son de la fábrica de Madrid. Representan aquellos los asuntos de costumbre, diseñados por Goya y demás autores de la época, o copiados de composiciones de Teniers, Vanloo y otros pintores flamencos y franceses.





## Del tiempo pasado

## El fusilamiento del general León

El fusilamiento del general León

Hé aquí la relación escrita por D. Nicomedes Pastor Díaz, de la ejecución del famoso general, que escribió con su valor páginas gloriosas de la caballería española.

A las doce de la mañana del día 14 se presentó en la prisión el fiscal de la causa, y leyó la sentencia. Fué aquella una escena desoladora para cuantos la presenciaron. El general fué el único que oyó la terrible lectura con una inmovilidad serena, y, tendiendo una mirada desdeñosa en torno suyo: «—Hé aquí —exclamó con profundísima amargura—, el premio de haber peleado siete años por la libertad de mi patria.» Ocupóse luego en tomar algunas disposiciones respecto de su casa y de los postreros servicios de su persona, comió tranquilamente con su defensor y estuvo recibiendo a algunos amigos suyos, hasta las diez de la noche. A esta hora escribió su testamento y dos cartas: una para su mujer, otra para su hijo mayor, encargándoles a ambos que ninguno de sus dos hijos siguiesen la carrera de las armas. Cumplidos estos deberes de padre y esposo, cumplió también los del cristiano; y, habiendo encargado al general Roncali que le despertase a las tres de la mañana, se acostó en su lecho y se durmió con sueño profundo.

La tranquilidad, y la igualdad de ánimo que aquel hombre conservó en todo el discurso de sus últimas horas, causó admiración y aun sorpresa en los que no habían adivinado todas las grandes cualidades de su alma. Un hombre como el general León muere siempre con valor; pero en su carácter fogoso parecían

naturales los ímpetus y las efusiones de la desesperación y de la ira. No obstante, la gravedad de su fisonomía y la templanza de sus palabras no se desmintieron sino en un momento. Estando escribiendo la carta para su mujer, arrojó repentinamente la pluma, se levantó con un movimiento nervioso, y, descargando el puño sobre la mesa, exclamó con voz formidable: «¡Y he de morir yo!» La idea de su juventud malograda y de su ambición desvanecida, el sentimiento de la vida y de la fuerza, el recuerdo de su gloria, el amor y la orfandad de su familia, pasaron un momento por su imaginación y le arrancaron aquella exclamación terrible. Apaciguaron aquel ímpetu, sólo se le volvieron a oír palabras de resignación y de fortaleza. En sus últimos momentos miraba a la tierra, como héroe, y al cielo como cristiano. Sobre su corazón se encontró una reliquia, que le había acompañado en todos los peligros, y el sacerdote que le acompañó hasta la muerte no puede recordar sin enterneamiento aquellos instantes, en que tuvo arrodillado a sus plantas al mejor caballero de España.

A las tres de la mañana del día 15, el general Roncali cumplió penosamente el encargo de despertar al general León del último sueño de que había de despertar en la tierra. Se levantó el general, y, viendo poco después entrar la primera luz por la ventana, asió del brazo a uno de sus amigos, y exclamó señalándosela: «¡El último día!»

El último día amaneció por fin, y, al acercarse la hora fatal, las tropas, los milicianos y el pueblo se agolpaban a los lugares del funesto espectáculo y de la sangrienta tragedia; mas parecía pesar una losa sobre la muchedumbre, y al ver tanta gente y tanto silencio, hubiérase dicho que

Madrid se había convertido en un sepulcro de vivos.

Al rodearle el piquete encargado de la fatal ejecución de la sentencia, y desconociendo el nuevo uniforme de milicias, preguntó el general qué regimiento era aquel; y habiéndosele respondido que era el de Alcázar de San Juan: «¡Ah! sí —repuso recordándose—; ese regimiento lo teníamos en Morella, y lo mandaba un coronel herido.» Preocupado, naturalmente, de la idea de su situación, miró fijamente los fusiles, y dirigiéndose al general Roncali: «Camarada le dijo—, ¿sabe usted que se me figura que no me han de dar? ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca y no me han acertado!» Estas palabras significaban la magnanimidad del héroe, la familiaridad con el peligro, la última ilusión de ese fatalismo que llevan en el corazón los militares que han escapado muchas veces de la muerte y que en pocos debía ser tan profundo como en Diego de León.

A la una en punto de la tarde salió el general León del cuartel de Santo Tomás, y subió, con su defensor y su confesor, en el coche que le esperaba. Llevaba en aquella postrer solemnidad el uniforme de húsar, el uniforme de los que él había conducido en otro tiempo a Villarrobledo, y a él habían conducido ahora a Madrid; y queriendo ofrecerse como en triunfo a la muerte, se había puesto al pecho hasta la última de sus cruces. La expresión de su fisonomía era la severidad y la calma: había depuesto la arrogancia del general que había llamado a la muerte en los combates, por la majestad del mártir de una causa; del hombre cuyo duelo iba a llevar a España. El pueblo le veía pasar en silencio; sólo se oían los sollozos de las mujeres y el son de los tambores.



Pero ¡oh! ¡cuán miserables le debía parecer los hombres al general León, en aquel trance! Allí, cubriendo la carrera, tristes y dolientes, sí, pero contemplando inmóviles el sacrificio, estaban las tropas que debieron formar a su voz el día 7. ¿Cómo iban ellas mismas a apurar a aquel corazón, cuyo latido les había sostenido tantas veces en el campo de batalla, a aquella cabeza que habían visto tantas veces descollar orgullosamente, entre los escuadrones y los batallones precipitados sobre el enemigo? ¿Cómo iban a tender a sus pies, con sus propios fusiles, al general a quien iban aclamar ocho días antes por jefe suyo, ni qué justicia era aquélla, ni militar, ni política, ni de ninguna especie, que iban a ejecutar; ellos, que a la voz de un general habían lanzado del trono a una reina, sobre otro general, a cuya voz iban a lanzar del Gobierno al regente? Ejemplos como éste se han visto muchos en las revoluciones, y por las revoluciones se explican.

Llegando el cortejo a la puerta de Toledo, el pueblo, al cual no se le permitió presenciar la ejecución de la sentencia, vió salir por ella a la víctima para encontrarse a corta distancia dentro del cuadro. Al bajar del coche, el general León dijo al general Roncali, que parecía el verdadero reo: «¡Alma, Federico! No es ocasión de abatirse». Y poniéndose la mano derecha en la visera o chacó para oír la sentencia, le dijo al secretario de la causa, cuya voz embargaba un llanto tardío: «No hay motivo para tanto; Yo la leeré». Abrazó luego al general Roncali; le abrazó por dos veces diciéndole: «—Este abrazó para mi familia, y éste para la de usted.» Abrazó también al que le había derramado los consuelos de la religión en su alma, encaminóse hacia el piquete, y to-

mando una actitud majestuosa: «No tembléis —dijo a los granaderos—; ¡al corazón!» Dió las tres voces de mando y cayó. Aquellas eran las primeras heridas del general León, y aquel el día más terrible de la revolución española.



### UNA ANÉCDOTA DE RAMÓN Y CAJAL

El maestro Ramon y Cajal cuenta en los «Recuerdos de su vida», cómo quiso ser pintor. Así dice el sabio maestro de historia:

Tendría yo ocho o nueve años cuando era ya mi manía irrefrenable emborronar papeles, pintar monigotes en los libros y embadurnar las tapias, puertas y fachadas recién revocadas del pueblo con toda clase de garabatos, escenas guerreras y lances del toreo.

En cuanto tenía unos cuartos ya estaba comprando papel y lapiceros; pero como no podía dibujar en casa porque mis padres no me dejaban, considerándolo un pierdetiempo, me iba al campo y sentado en un ribazo junto a la carretera, copiaba carretas, caballos, aldeanos y cuanto me parecía interesante.

De todo ello hacía gran colección, que guardaba como oro en paño. Gozaba embadurnando mis diseños con colores, que me proporcionaba raspando las pinturas de las paredes o poniendo a remojo el forro carmesí o azul oscuro de los librillos de fumar que entonces se usaban.

Una de las copias del Apóstol Santiago hecha en papel e iluminada con ciertos colores que pude sacar de la iglesia fué causa de mi perdición y de que mi padre se hiciese enemigo declarado de mis aficiones artísticas. Aburrido ya, sin duda, de quitarme lápices y dibujos y advirtiéndome

mi vocación por la pintura, decidió mi padre averiguar si aquellos *monos* tenían algún mérito. Y como en el pueblo no había nadie que entendiese de dibujo, recurrió a un revocador forastero, llegado de Ayerbe para enjalbergar y pintar las paredes de la iglesia, muy averiadas por reciente incendio.

Llegados a presencia de mi juez desplegué tímidamente la estampa. Miróla y remiróla el pintor de brocha gorda, y después de mover la cabeza exclamó con aire solemne: «¡Vaya un marracho! ni esto es apóstol, ni la figura está bien plantada, ni el plegado es propio, ni el chico será nunca un artista!...»

Quedé aterrado ante aquella sentencia. «¿Pero de veras el chico no tiene aptitudes para el arte?»—«Ninguna, amigo mío»; contestó el rascaparedes.—Y dirigiéndose a mí, añadió: «Venga acá, señor pintamonas, fíjese en las manazas del Apóstol, que parecen muestras de guantero, y repare en ese cuerpo tan corto y en el caballo que parece arrancado de un tío vivo».

Yo no entendía mucho de reglas de dibujo; pero veía que se disipaban mis ilusiones más queridas y me atreví a contestar tímidamente, que una figura copiada o arreglada de malas estampas no podía juzgarse como si se tomase del natural, pues yo no había contemplado Apóstoles, ni armaduras ni vestimentas de guerreros antiguos. Que algunos defectos que él encontraba no me lo parecían a mí del todo, porque un guerrero a caballo no podía ser tan largo como puesto de pie. Y las manos, ¿querría usted que un héroe rudo acostumbrado a empuñar formidable lanza las tuviera tan pequeñas y relamidas como una señorita? Y en lo de los colores tiene usted razón; porque no he podido co-



ger más que el bermellón, el ocre y el ultramar que usted gasta en a iglesia, y en vez de censurar mi paleta debía usted tener la suya mejor surtida. En resolución; usted no debe ser artista ni persona de buen sentido, que de serlo excusaría usted los defectos de un chico de nueve años que dibuja sólo de afición.

Pero aquel hombre me desahució definitivamente. Mi padre callaba y yo entendí que todo estaba perdido: en efecto, la opinión del revocador cayó en mi familia como el dictamen de una academia de Bellas Artes. Y decidióse que renunciara a los dibujos y me preparase a estudiar para médico. La persecución contra mis pobres lápices, carbones y papeles iba en aumento y yo disimulaba cuanto podía para dedicarme a escondidas a pintar toros, caballos, guerreros y paisajes. Todavía conservo algunos ensayos de aquellos tiempos que como muestra reproduzco...

¡Adiós sueños de gloria, ilusiones de futuras grandezas! ¡Era preciso cambiar la mágica paleta del pintor por la roñosa bolsa de operaciones! ¡Había que soltar los pinceles y agarrarse al bisturí, trocar el tiento del pintor, por el nudoso bastón de médico de aldea!

#### CURIOSIDADES

### La historia del tabaco

El tabaco es originario de América, donde de tiempo inmemorial se aplicaba a los tres usos conocidos, a fumarlo, a masticarlo y a sorberlo por las narices.

Al arribo de los españoles a Méjico, lo fumaban ya los indígenas en tubos de caña más o menos largos y estrechos, que encendían por un cabo y chupaban por otro. Y ¡cosa rara!, con ser este tubo el embrión de la pipa

moderna, la pipa había estado ya en uso en aquellos países muchísimo tiempo antes, pues se han encontrado no pocas de ellas adornadas de extrañas y groseras labores, en las urnas funerarias de una raza de hombres ya extinguida, que poblaba aquellas regiones seiscientos años lo menos antes de descubrimiento de América.

El uso del cigarro es igualmente antiquísimo, pues los caribes de las Antillas, como los habitantes de las Indias del Océano oriental en las dos penínsulas de las Indias, fumaban ya al arribo de los europeos, tabaco groseramente liado en forma de cigarro.

También tenían ya costumbre aquellos indígenas de sorber el polvo de tabaco por las narices y de masticarlo en rama por vicio o por medicina; medicina o vicio que, como aquella otra costumbre, trajeron y propagaron por todo el mundo antiguo los aventureros españoles.

Rodrigo de Jeréz, uno de los expedicionarios que acompañaron a Colón en busca de aquel mundo de oro, perdido en los ignotos mares, dice a este propósito, en un documento fechado en 1492, lo siguiente:

«Mucho nos suspendieron algunas de las costumbres de aquellos naturales, pero lo que más aina llamó nuestra atención fué el ver de como respiraban el humo de una planta llamada entre ellos *cogiva*, a la cual yerba tenían tal y tanta afición que no sólo respiraban su humo por la boca, más también por las narices; y aún todavía sahumaban sus viviendas con la tal yerba *cogiva*».

Algunos investigadores creen que algunos indígenas se limitaban a sorber por las narices sólo el humo del tabaco, y que el vicio de sorberlo en polvo fué inventado y extendido por los expedicionarios españoles y portugueses.

Los pueblos americanos daban cierta significación religiosa al humo del tabaco.

«El humo del tabaco—dice J. Ampere, era en los pueblos de raza americana, y entre los salvajes de la América septentrional, una cosa verdaderamente sagrada. Este humo o sahumó figuró en las ceremonias de la consagración de Motezuma; y en un bajo-relieve del Vaticano se ven dos hombres ofreciendo el humo de sus cigarros a una especie de cruz.

«Los indios de Virginia creían que el *Manitú* o espíritu residía en el humo del tabaco. Entre los *Natchez*, el sacerdote a la cabeza del pueblo, iba a un otero a esperar la salida del sol, y entonces lanzaba una bocanada de humo en honor del astro que aquellas gentes adoraban...

«Las pipas no figuraban solamente en los consejos indios, sino también en las asambleas pacíficas; había pipa de guerra y pipa de paz».

El vicio de fumar sufrió en su origen persecuciones espantables. Jaime I de Inglaterra hubo de escribir una invectiva contra el tabaco con el santo fin de proscribirlo de su reino. Amurat VI no escribió ninguna invectiva, pero hizo dar cincuenta palos en las plantas de los pies a todo vasallo suyo acusado de fumador. Esto por la primera vez, que en caso de reincidencia, les cortaba las narices. El Shah de Persia les cortaba las narices y los labios desde la primera vez, y así no tenía que castigarlos más por este delito. En Italia, el Papa Urbano VIII expidió bula de excomunión contra los fumadores, si bien limitándola a los que fumaran en la casa del Señor; anatema que extendieron los obispos a los y a las que tomaran polvo de tabaco por las narices.

Pero el excomulgado tabaco sa-



lió al fin triunfante de aquella guerra a muerte y se paseó victorioso por todo el mundo.

En efecto, los Reyes todos se le fueron sometiendo obligando a sus vasallos a someterse tam-

bién con todos los honores de ordenanza.

El Gobierno francés fué el primero que, bajo la administración de Richeleu, tuvo la fecundísima ideade establecer la renta de ta-

bacos, monopolizando su elaboración y venta; y los demás Gobiernos fueron muy luego adoptando el arbitrio en vista de sus prodigiosos resultados.

M.

## SUCEDIDO

Un episodio muy interesante currió en la batalla que precedió a la reconquista de Belgrado por los servios.

El Rey Pedro, en dicha batalla, estaba batiéndose como un simple soldado, haciendo fuego con un fusil, cuando vió que varios de sus hombres traían un prisionero austriaco herido, cubierto de barro y sangre.

El Rey acercóse al infeliz y le dijo:

—¿Quién eres?

—Soy un servio de Bosnia.

—¿Cómo te bates contra tus hermanos de raza?

—A la fuerza señor. Pero sólo he disparado un tiro y fué al aire. Luego me adelanté para rendirme. Y los austriacos me han herido.

El Rey le abrazó, le limpió el rostro con su propio pañuelo y le regaló cinco monedas de oro.

A. G. G.—*Melilla*.—El derecho a la medalla pensionada está determinado en el artículo 2.º de la ley de 7 de Julio último (D. O. número 151).

# SERNA COMPRO, VENDO

Alhajas,  
Papeletas del Monte,  
Oro, Plata,  
Relojos de buenas marcas,  
Antigüedades,  
Pianos, Autopianos,  
Escopetas,  
Máquinas fotográficas,  
Gramófonos,  
Máquinas de escribir,  
Prismáticos  
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

## SECCIÓN DE CONSULTAS

A. T. A.—*Tetuán*.—Ha sido destinado a San Fernando según tenía pedido. Le sirve de abono el tiempo servido en Arapiles para cumplir el plazo de dos años de permanencia, por estar destinado antes del reciente Real decreto sobre destinos a Africa.

J. O. B.—*Madrid*.—No salió la R. O. en la fecha que deseaba por no haberse recibido oportunamente de Gobernación para su traslado.

J. V.—*Estella*.—Se le envía el número de Marzo. Hace los números siguientes: para ayudante prisiones Madrid el 21, ayudante plaza Málaga el 8, ayudante Valencia el 2, Comandante Gibralfaro el 13, demarcación Vélez Málaga el 11, id. Almería el 8, id. Madrid núm. 1, el 6, id. Madrid núm. 2, el 5.

J. R.—*Ronda*.—Para Prisiones de Madrid hace el número 30, para la Reserva 58, el 2; para la Reserva 73, el 3, y para la Reserva 72, el 6.

J. L.—*Tetuán*.—Tiene derecho a pedir le devuelvan el depósito. Hay que hacer instancia dirigida al Presidente del Consejo Supremo.

T. A. R.—*Toledo*.—Queda recomendado su asunto. Sin conocer la copia de su afiliación no puede contestarse categóricamente a su segunda pregunta.

J. L.—*Tetuán*.—Su pregunta no surtió efecto, pues según la R. O. de 8 de Septiembre de 1920, no puede pedir destino hasta el mes de Octubre del corriente año.



*un buen jinete*

*hace un buen*

**Caballo**

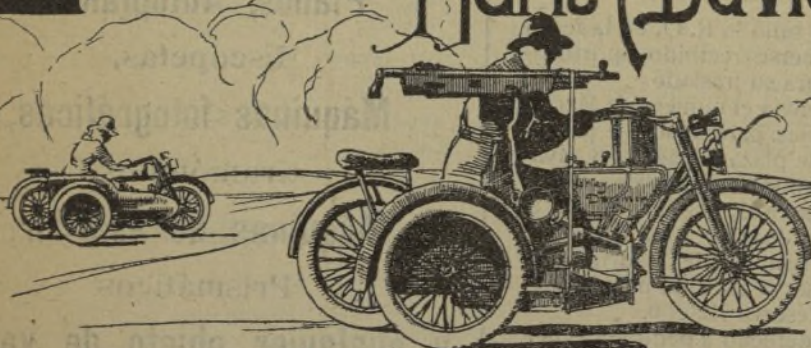
*Si deseais  
que vuestras  
cuadras ga-  
nen siempre  
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata  
Cicatrizante Velox  
Anticólico F. Mata**



**LA MOTOCICLETA MILITAR**  
es la **Harley-Davidson**



**EXPOSICION Y VENTA**  
**J. A. DE LANDALUCE**  
**MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid**



# ARMAS Y LETRAS

## REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·  
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·  
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

CALLE MAYOR, NÚM. 86

APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 34

15 JUNIO 1922

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.

Semestre... 7,50 »

Año..... 15,00 »

EXTRANJERO!

Semestre... 12,00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

## SUMARIO

**Andante española**, por el teniente coronel García Pérez.  
**Páginas maestras**.—Un matrimonio de cantantes, por Alfonso Daudet.

**Cuentos**.—El eco, de José Ruiz Morales y Cosas de la guerra, de Vicente Plá.

**Informaciones**.—Alfonso XII y su monumento.

**Vulgarizaciones científicas**.—La fotografía transmitida por la telegrafía sin hilos.

**De aviación**.—El vuelo de los aeroplanos y el vuelo de las aves.

**Automovilismo**.—El buey mecánico.

**Página de arte**.—Un rincón de la kábila.

**Notas de la campaña**.—El peñón de Vélez de la Gomera.

**La aventura de un soldado aviador**.

**Poesías**.—Serenata, de Juan Villaverde.

**Páginas cómicas**.—La vida del boxeador.

**Documento curioso**.—Una carta del Cid.

**Novela**.—Lazarillo español, por Ciro Bayo.

Anécdotas, curiosidades, notas útiles, entretenimientos, etc.





# ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez.



## P. Fernando de Sevilla

Con objeto de que los franceses no concentrasen sus fuerzas sobre Cádiz, la Regencia promovió una expedición sobre la sierra de Ronda al mando del general Lacy. El P. Fernando, de Sevilla, fué como capellán del ejército; y como soldados se alistaron los capuchinos Pablo de Jeréz, Diego de Teba, Francisco de Cádiz, Gabriel de Samalo y Elías de Santander.

En el ruinoso y desierto convento de las nieves fué sorprendida y cercada la columna; defendiéronse los españoles bravamente hasta que convencidos de la ineficacia de su sacrificio entregáronse con la condición de que se les respetasen sus vidas; pero faltando a su palabra los franceses, los patriotas cayeron fusilados uno a uno.

El P. Fernando suplicó al Jefe enemigo que les dejara un cuarto de hora para prepararse a comparecer ante Dios, y que a él le concediese la gracia de ser el último en morir; accedió el mando, y el sacerdote confesó y absolvió a todos los prisioneros.

Cuando le llegó su hora al pobre capuchino, púsose de rodillas, extendió los brazos en cruz, y alzando los ojos al cielo imploró perdón para sus adversarios; y antes de que el plomo enemigo atravesase sus carnes gritó así:

**¡Viva la Religión! ¡Viva España Independiente!**

Gabriel de Samalo, deseoso de salvar su vida para dar a conocer el trágico fin de sus compañeros, dijo al oficial francés que tenía un secreto que confiar a su general y unos papeles que sólo a él mismo los entregaría; creyólo el oficial y lo mandó escoltado a Ronda; pero antes de entrar en la ciudad se empeñaron los que lo conducían en que les enseñaran los papeles y como el capuchino se resistiera lo registraron; y no hallándole más que un papel en blanco, se sintieron burlados y en el acto lo fusilaron.

## José Esteban Moclezuma

Durante el combate librado en las cercanías de Méjico el 8 de Noviembre de 1814, este Sargento del Regimiento Fieles de Potosí luchó con su pistola contra seis insurgentes; consumidas las municiones, siguió defendiéndose con la espada; rota ésta e imposibilitado para librarse de sus briosos atacantes arremetió resuelto sobre el

cabecilla Quesada; arrancándole un puñal, con él le dió la muerte, así como a sus cinco acompañantes; y ya salvo regresó a su puesto siendo recompensado con el empleo de Alférez.

## José Domínguez

En la batalla del Puente de Calderón (guerra de Independencia de Méjico) este soldado del Regimiento de Puebla se dá cuenta de la muerte del abanderado y de la pérdida de la enseña; decidido a rescatar la bandera o a perecer en la lid, lánzase animoso sobre el grupo que conducía los paños nacionales; alcánzalo, traba desesperada lucha, y uno tras otro mata a cinco adversarios consiguiendo adueñarse de la bandera y restituirla a su Cuerpo.

## Coronel Latorre

Mandando un Batallón del Regimiento de Victoria y cuando iba a incorporarse al ejército del general en Jefe, es acometido por 3.000 jinetes en las llanuras de Mucuritas (guerra de Independencia de Colombia, 28 de Enero de 1817).

Latorre forma el cuadro y rechaza catorce ataques de los americanos, causándoles grandes bajas; impotente el General Páez para vencer aquel puñado de españoles, manda incendiar la seca hierba de los campos para reducirlos por la asfixia; el jefe español abandona entonces su posición; protegido por el humo se acoge a un pantano entrando en agua hasta la cintura; seguidamente emprende veloz marcha y tras diez jornadas en extremo penosas, pudo llegar a San Fernando.

## Regimiento del Infante Don Carlos

Combatió heroicamente en América por el honor de España. «El bizarro Regimiento del Infante Don Carlos.—decía el parte oficial—es acreedor a todo el aprecio de V. E., pues metiéndose más de una vez a bayonetazos entre las filas enemigas y atacándolas con el mayor valor y decisión, siempre se hizo digno de su augusto nombre».

En recompensa a sus merecimientos se le concedió un escudo de distinción; consistía en un círculo de paño azul celeste con la inscripción:

*Por la integridad de las Españas. Acción de Huertas. Año de 1821.*





# UN MATRIMONIO DE CANTANTES



por ALFONSO DAUDET

¿Cómo no habían de haberse amado? Guapos y célebres los dos, cantando en las mismas obras, vi- viendo todas las noches, durante cinco actos, la misma vida artificial y apasionada. No se dice uno veinte veces al mes: «¡Te amo!» entre suspiros de flauta y trémolos de violín, sin acabar por dejarse emocionar por la propia voz. A la larga sintieron el amor entre torrentes de armonía, sorpresas de ritmo, esplendores de trajes y de telones. Llegó a ellos, por la ventana que *Elsa y Lohengrin* abren

interés por ellos. Aquella fué la curiosidad de la temporada. La gente iba a admirar aquellas dos hermosas estrellas que gravitaban dulcemente, una hacia otra, en el cielo musical del teatro de la Ope- ra. Por fin, una noche, después de un llamamiento entusiasta, al caer el telón que separaba la deslum- bradora sala donde sonaban frenéticos aplausos, sembrado de ramos de rosas y camelias, por en- cima de las cuales arrastraba la cola del vestido blan- co de *Julieta*, los dos cantantes, sintiéronse acome-



de par en par una noche vibrante de notas y res- plandores.

«Ven a respirar los embriagadores perfumes».

Se les metió por entre las blancas columnillas del balcón de los Capuletos, en el cual estuvie- ron *Romeo y Julieta* hasta el alba en una noche de amor:

«No; todavía no es de día,  
Aún no canta la alondra».

Y dulcemente sorprendió a *Fausto* y a *Margari- ta* en aquel rayo de luna que daba desde el banco rústico hasta la ventana del cuartito, rodeada con las enredaderas trepadoras y las ramas de los ro- sales.

«Deja; deja que contemple tu rostro.»

Bien pronto París entero supo sus amores y se

tidos por irresistible entusiasmo, como si su amor un poco ficticio, no esperase para declararse más que la emoción de un gran triunfo. Sus manos se estrecharon y cambiaron entre sí juramentos consa- grados por los lejanos persistentes aplausos del pú- blico. Las dos estrellas habían hecho su conjun- ción.

Después de la boda estuvieron algún tiempo sin dejarse ver en el teatro. Luego, cuando terminó la ja licencia que la Empresa les concediera, volvieron juntos a la escena. Hasta aquel día, entre aquellos dos cantantes, el hombre había sido el primero. De más edad que su esposa, más conocedor del públi- co, del cual no ignoraba ni los gustos ni las prefe- rencias, ni las debilidades, arrebatada con su voz a la gente de las butacas y de los palcos. Al lado suyo, la tiple no parecía más que una discípula admira-



blemente dotada, la promesa de un genio futuro; su voz, demasiado joven, tenía ángulos, lo mismo que sus hombros, un poco flacos y huesudos. Así es que cuando volvieron a la escena, cuando se presentó ella a cantar las mismas partituras que otras veces, y cuando el sonido lleno, rico, admirable de las primeras notas, se escapó de sus labios abundante y puro como agua de manantial, hubo en el público un movimiento de admiración tan grande, que todo el interés de la noche se concentró en torno de ella. Fué para la joven uno de esos días felicitísimos en que la atmósfera que nos rodea se hace límpida, ligera, vibrante, para dejar que lleguen hasta nosotros todos los rayos, todas las adulaciones del éxito. Al marido casi se olvidaron de aplaudirle; y como todos los resplandores producen cierta sombra en derredor, hallóse relegado, como si fuera un comparsa, al más oscuro rincón de la escena.

Después de todo, aquel amor que se había revelado en la acción escénica de la cantante, su voz encantadora y tierna, estaban inspirados por él. Sólo él daba brillo a sus hermosos ojos, y esa idea debió enorgullecerle; pero la vanidad del artista pudo más, fué más fuerte. Al concluir la función, llamó al jefe de los alabarderos y le puso las orejas coloradas. Habían dejado pasar inadvertidas sus salidas, sus entradas, y olvidando llamarle al final del tercer acto. Se quejaría al director...

¡Ay! Por más que dijo y por más que los alabarderos hicieron, el favor del público, conquistado por su mujer, fué definitivamente para ésta. Tuvo en ventaja suya la elección afortunada de obras, apropiadas a su talento, a su belleza, en las cuales se presentaba ella con la tranquilidad y aplomo de una mujer de la buena sociedad que entra en un baile, bien vestida con traje del color que le sentaba a las mil maravillas, y segura de una ovación.

A cada nuevo triunfo, el marido se mostraba triste, nervioso, irascible. Aquello, aquel estar en boga que se alejaba de él, amenazando no volver nunca, le producía el efecto de un robo. Durante mucho tiempo procuró ocultar a todo el mundo, y especialmente a su mujer, aquel sufrimiento inexplicable; pero una noche, al subir ella la escalera de su cuarto con la falda cogida con las dos manos y llena de ramos, y que, sin pensar más que en su triunfo, le decía a su marido con voz todavía emocionada por los aplausos: «Hemos tenido muy buena entrada esta noche;» él le contestó con un «¿Crees tú?...» tan irónico, tan amargo, que el alma de la joven se abrió súbitamente a la verdad.

¡Su marido tenía celos! No los celos de un enamorado que quiere que la belleza de su mujer sea

para él solo, sino celos de artista, fríos, feroces, implacables. Algunas veces, cuando acababa un aria, y los bravos multiplicados se dirigían a ella, él fingía una fisonomía impassible, distraída, y su mirada parecía decir a los espectadores: «Cuando acabéis de aplaudir, cantaré yo.»

¡Oh! Los aplausos, ese estrépito de granizada que tiene tan dulce resonancia en los pasillos, en la sala, en los bastidores, cuando una vez los ha recibido un artista, no sabe pasarse sin ellos. Los grandes comediantes no mueren ni de enfermedad ni de vejez; dejan de existir cuando ya no les aplauden. Aquel artista, al ver la indiferencia del público, fué acometido de una verdadera desesperación. Adelgazaba, se le veía huraño, malvado, por más que se hacía reflexiones, por más que miraba cara a cara su incurable dolencia, por más que se decía que la que iba a salir a escena: «¡Era su mujer... y la adoraba!...»

Ante los fingimientos del teatro, desaparecía en seguida el verdadero sentimiento. Todavía amaba a la mujer, pero detestaba a la cantante.

Ella lo comprendía perfectamente, y de igual suerte que se cuida a un enfermo, vigilaba aquella triste manía. Primero pensó en hacer que disminuyesen sus éxitos, disimulando sus facultades, no haciendo todo lo que podía; pero sus resoluciones, lo mismo que las del marido, no resistían la influencia de las tablas. Su talento iba, casi sin ella queriendo, más allá de su voluntad. Entonces discurrió humillarse, empujarse ante él. Le pedía consejos, le preguntaba si la había encontrado bien, si le parecía que había comprendido bien el papel...

Naturalmente, el otro no estaba nunca satisfecho. Con ese aire bonachón, ese tono falso compañerismo que los artistas usan entre sí, le decía las noches en que mayor éxito había tenido:

«Ten cuidado, hija mía... ahora no estás bien... no progresas.»

Otras veces quería impedirle que cantase.

«¡Cuidado!... Mira que te prodigas... trabajas demasiado... No vayas a quedarte sin voz... ¿Sabes que debías de pedir una licencia?»

Descendía hasta las más estúpidas protestas. Decía que estaba resfriada, que no estaba en voz, o bien le armaba camorra, asegurándole que había entrado demasiado tarde al final del dúo... que había matado sus efectos... que aquello lo hacía a propósito.

¡Sin advertir el infeliz que era él quien la perjudicaba precipitando las réplicas para arrebatarse los aplausos, y que, en su deseo de reconquistar el favor del público, cantaba como si estuviese solo, relegando a su mujer a segundo término! Ella no se



quejaba, porque le quería mucho. Además, los triunfos hacen indulgentes a las personas, y todas las noches del éxito la sacaba de la sombra que procuraba disimularse, y la hacía reaparecer gloriosamente en plena luz. En el teatro no tardaron en echar de ver aquel caso singular de envidia, y los

de leer uno de esos artículos, entró en el cuarto de su mujer furioso, con el periódico en la mano, y le dijo lívido de rabia:

—«¿Ha sido tu amante este hombre?»

Hasta ese extremo llegaba en sus injurias. Así es que la pobre muchacha, festejada, envidiada, cuyo nombre, siempre en el cartel, se leía en todos los rincones de París, y era hasta acaparado por los comerciantes como reclamo, y porque le ponían en las doradas etiquetas de los confiteros, de los perfumistas, llevaba la vida más triste, más humillante que darse puede. No se atrevía ni a abrir un periódico, temerosa de leer su elogio; lloraba sobre las flores que le arrojaban a la escena, las cuales dejaba marchitarse en un rincón de su camarín, para no perpetuar en su casa el recuerdo cruel de los triunfos ruidosos. Quiso retirarse del teatro, pero su marido se opuso

«Dirán que yo te he obligado a dejar la escena.»

Y aquel horrible suplicio continuó para los dos.

Cierta noche de estreno la cantante iba a salir a escena. Alguien le dijo: «Tenga V. cuidado... porque en el público hay un complot contra V.» Aquello le hizo reír. ¿Un complot contra ella? ¿Y por qué? ¡Si ella no tenía más que simpatías y vivía fuera de toda *coterie*! Sin embargo, era verdad. En medio del acto, en un dúo magnífico con su marido, en el momento que su voz soberbia, llevada al punto más alto de su registro, acababa un sonido, después de una serie de notas iguales y puras como las redondas de un collar, una tempestad de silbidos la hizo callar. El público se quedó tan emocionado, tan sorprendido como ella misma. Hasta las respiraciones parecían contenidas prisioneras en los pechos, como el trino que no había podido concluir. De pronto una idea loca, espantosa, cruzó su imaginación... El estaba solo en escena con ella. Ella le miró, y vió que se animaba su semblante con sonrisa casi imperceptible de maldad. La infeliz muchacha lo comprendió todo. Los sollozos la ahogaban. No pudo hacer más que romper a llorar, y desaparecer, ciega, por entre bastidores...

¡Su marido era quien había hecho que la silbasen!



compañeros se divertían con él. Anonadaban al artista dándole todo género de enhorabuenas por el talento de su mujer. Hacíanle leer el artículo de periódico, en el cual, después de dedicar cuatro columnas a la estrella, se dignaban consagrar cuatro líneas a la crítica del marido. Un día, al acabar







### Cuentos de "Armas y Letras,,

## E L E C O

—¡A ver, voluntarios para una porra!—dijo el segundo teniente Martínez, entrando en el cuarto de banderas.

—¡Eso, eso, voluntarios para una porra!—repitió el del mismo empleo, familiarmente llamado por todos Domitilo, desde coronel al último oficial salido de la Academia.

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

—Pues, ¡a numerarse!—contestó el autor de la proposición, mientras su asistente le despojaba de las sinapismáticas polainas de paño, alargaba el pantalón recogido por debajo de la rodilla, y pertrechado de un cepillo, que lo mismo servía para la ropa que para el calzado, procedía a quitar el polvo de la carretera y del campo de tiro, a donde había marchado el batallón aquella mañana.

—¡Eso, eso, a numerarse!—repitió a su vez Domitilo.

Domitilo era un segundo teniente, como ya hemos apuntado, que de soldado había llegado a oficial, luchando en los tórridos campos cubanos.

Nació en un ignorado rincón de la Mancha y cuando le llegó la edad vino como tantos otros, por su suerte, a servir al Rey; pero como su regimiento tenía en Cuba un batallón peleando con los manbises, a Cuba fué el buen Domitilo en cuanto dejó el pelo de la dehesa en el campo de instrucción, a cubrir una baja de las que hacían las balas insurrectas o las traidoras enfermedades indígenas.

No tardó mucho tiempo en distinguirse de sus compañeros por su temeridad y ascendió a cabo y a sargento por méritos de guerra, y antes hubiera alcanzado estos empleos si su analfabetismo no hubiese sido absoluto; pero con tesón sin igual, para poder lucir en la bocamanga de la guayabera los galones, se dedicó en los pocos ratos de ocio con que contaba a aprender a leer y a escribir, acudiendo a cuantos en la compañía conocían estos menesteres, y especialmente acuciaba al ordenanza del cura, consiguiendo que éste se interesara en su desasnamiento.

Nuestro héroe manchego consiguió al fin el empleo de segundo teniente en una acción en que la cosa estuvo bastante fea, pues los insurrectos achuchaban de veras y en la que el sargento Domitilo salió hecho una criba, con unos cuantos balazos y machetazos graciosamente repartidos por su cuerpo, que en poco estuvo que la Pálida lo recogiera en sus amosos brazos y se lo llevara de este pícaro mundo.

Su robusta naturaleza, su recia complexión venció todos los obstáculos y después de larga convalecencia, que le sirvió para irse puliendo más y más, salió del hospital luciendo en sus bocamangas las estrellas doradas y plateadas, que le elevaban a un nivel social con el que seguramente no soñaría cuando de zagal conducía por las monótonas chanuras manchegas, el rebaño de su amo.

Adquirió un vicio, que ya le conocemos, de repetir casi todas las palabras que empleara su inter-



locutor, las que después en sus soledades, las que no entendía, procuraba asimilárselas, para poco a poco ir enriqueciendo su menguado léxico.

Es natural, que algunas veces, sobre todo al principio de su metamorfosis, confundía los conceptos y el significado de las palabras y armaba un galimatías, que hacía reír a sus oyentes.



Pero su bondad exquisita, su servicial manera de ser, la buena condición de saberse hacer cargo de las cosas, le granjearon el cariño de todos y era tratado por sus compañeros con gran afecto, sin perjuicio de alguna vez que otra gastarles bromas, que no sobrepasaban los límites de la inocencia, respetando todos la incultura de aquel buen hombre, que los azares de la guerra le habían elevado a un plano distinto al que nació.

—¡Está bien!—dijo Martínez cuando se numeraron los porreros.—Somos seis; ¿qué nos jugamos?

—¡Unas copas!—dijo uno.

—¡El almuerzo!—repuso otro.

—¡Una tortilla es bastante!—replicó un tercero.

Y como es natural, de los seis hubo cinco opiniones distintas, sin contar a Domitilo que opinó como cada uno de sus compañeros.

—¡Mira, Domitilo, tú no tienes voz ni voto! Tú eres el eco que recoges y lanzas las voces de los demás!—dijo Martínez.

—¡Bueno, ya apareció el dichoso eco! ¡Ya estás con la manía de siempre! ¡Eso del eco me huele a tomadura de pelo! ¡Vamos a ver, qué es el eco!

—¡Ah!; ¿pero tú crees que no hay eco, que el eco no existe?—le respondió el teniente Martínez.

—¡No y cien veces no!—repuso Domitilo.—Demuéstramelo palpablemente y entonces me convenceré; y para que veas mi seguridad, me apuesto contra todos vosotros lo que queráis. ¿A qué no me enseñas el eco?

—¿Que te lo demuestre? ¡Te voy aplastar con mi erudición! Oyeme, el eco es, como si dijéramos, amigo Domitilo, un fenómeno físico lingüístico... Es... como cuando tiras una pelota a una pared y ésta te la devuelve con la misma fuerza. Si en vez de nacer en la tierra que hizo célebre Don Quijote hubieras nacido en cualquier serranía ¡Cuántas veces al llamar a tus ovejas, desparramadas por los riscos, una voz parecida a la tuya, hubiera repetido tus voces...! Espera, voy a ver si hay algo de eco en estas habitaciones.

Y como un poseo recorrió Martínez los rincones del cuarto de banderas y los de la inmediata habitación, diciendo de vez en cuando ¡Ah!; ¡Eh!; ¡Oh!, imponiendo silencio a sus compañeros, admirados de la seriedad con que Martínez había tomado aquel asunto, mientras Domitilo, con cara de curiosidad y sonrisa que denotaba la incredulidad, observaba las investigaciones de Martínez, el que dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ya tengo el eco!

Y encarándose con Domitilo le preguntó:

—¿Insistes en apostarte unas copas? Y añadió:

—Bueno, voy a buscar la llave del paso curvo, allí hay eco. Tú te pondrás en la puerta de entrada a la Sala de Justicia y en alta voz hablas lo que quieras y si no te responden con las mismas palabras, yo pago las copas, y en caso contrario, tú ¿Aceptas?

—¡Aceptado!

Salió Martínez del cuarto de banderas y al primer soldado que se encontró en el patio del cuartel se lo llevó consigo y provisto de la llave de la puerta del paso curvo, una de cuyas entradas estaba en el patio, abrió y puso al soldado junto a la puerta, diciéndole:

—Ahí te quedas, cuantas palabras diga el teniente Domitilo tú respondes igual, ¿me entiendes?

—¡Sí señor, mi teniente!

—Sí dice ¡ah! tu contestas ¡ah!, pero con voz tan fuerte como lo diga él ¿Me comprendes?



—¡Si señor, mi teniente!  
—¡Bueno, a ver cómo cumples tu papel! ¡Como lo hagas mal, te las vas a entender conmigo.  
—¡Sí señor, mi teniente!

Regresó Martínez al cuarto de banderas y seguido de Domitilo y los demás compañeros, intrigados con las andanzas de Martínez, se encaminaron a la Sala de Justicia, una de cuyas puertas comunicaba con el paso curvo.

—¡Escucha Domitilo! Teóricamente, con el ejemplo de la pelota te he demostrado la existencia del eco. Ahora lo vas a ver prácticamente. Habla, di lo que quieras, en dirección al paso curvo y veremos si tus palabras se reproducen.

Avanzó un poco Domitilo con cierto énfasis.

—¡Viva España!—dijo con voz tonante.

Al momento una voz que salía del otro extremo repitió diáfananamente el ¡Viva España!, y en la cara de Domitilo cesó la incrédula sonrisa y miró asombrado a sus compañeros.

—¡Habla más!—le insinuó en voz baja Martínez,

conteniendo a sus compañeros, para que la risa no estallara.

—¡Vi, vi, viva el Ejército!—volvió a decir Domitilo, pero esta vez con cierta emoción y algo de tartamudeo.

Y el eco repitió allá lejos las mismas palabras.

—¡Señores, me he convencido!—añadió Domitilo y estas palabras se reprodujeron con pasmosa fidelidad.

Quedó Domitilo unos momentos suspenso, medroso y en voz baja dijo a sus compañeros:

—¡He perdido la apuesta y es verdad que existe el eco! ¡Vámonos!

Pero al momento reaccionó y volviéndose sobre sus pasos, dijo:

—¡Voy a despedirme del eco, y hasta estaba por invitarle a que nos acompañara a tomar las copas!

Y asomándose a la puerta del paso curvo.

—¡Adiós eco!

Y éste en el mismo tono le respondió:

—¡A la orden de V. mi teniente.

JOSÉ RUÍZ MORALES.

## Del tiempo viejo



## UNA EJECUCIÓN

El cadalso se ha armado, para D. Carlos de Padilla y D. Pedro de Silva, acusados de conspirar contra el rey Felipe IV, para formar de Aragón un reino independiente.

Tiene el siniestro tablado como unas dos varas de alto y unas diez en cuadro. No hay sobre él más que dos sillas de mano y dos gradillas. Tanta es la gente y tan apiñada está, que no hay donde echar una manzana y parece aquel cadalso una negra góndola flotando en un mar de cabezas. Los balcones de las casas se ven atestados también de curiosos. Al sordo murmullo de la humana marejada sucede un momento de silencio: oyes la voz del prisionero que grita: «Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor a estos hombres, por traidores y porque trataban y solicitaban que se cometiese traición contra su corona: mandándolos degollar y que les sean cortadas las cabezas por detrás y les sean confiscados todos sus bienes y derribadas sus casas.»—Arremolinase la gente hacia la parte de levante: por allí vienen los personajes del terrible drama: D. Carlos y D. Pedro en sendas mulas, calados los capuches y con las cadenas al pie, acompañados de los seis jesuitas Padre Castro, P. Castilla, P. Iguarza, P. Pimentel, Padre Zapata y P. Celada; a los lados cien alguaciles a caballo, haciendo calle, después el escribano, y detrás el verdugo. Abrense paso hasta llegar al pie de la escalera del cadalso: allí los dos caballeros se carean, arrimando sus mulas una a otra, ca-

beza con cola: las cosas graves y tiernas que se dicen, se repiten de boca en boca, y rompen en llanto los que las escuchan. Apéase Padilla con valor, y sube sin vacilación la escalera; siéntase en una de las sillas de mano, y tres padres de la Compañía se sitúan a su lado.—Hace lo mismo D. Pedro de Silva, sentándose en una de las gradas y como temiendo ocupar la silla, y le acompañan los otros tres padres. Suben luego tres alguaciles, el escribano y el verdugo, y desaparece la escalera. El pueblo rompe en salva de aplausos celebrando con vítores la caritativa abnegación de aquellos buenos sacerdotes.—Diríjese el verdugo a D. Carlos de Padilla: los tres jesuitas que le asisten se hincan de rodillas y con gran unción le dicen la recomendación del alma. El frío ejecutor de la ley aplica el afilado cuchillo al cuello del reo y hace velozmente su oficio.—Sigue D. Pedro de Silva, el cual, aturdido por el vocerío de la plebe, y sin comprender que su compañero ha dejado de existir, al pasar de la grada a la funesta silla, encarga al P. Pimentel que lleve su despedida a D. Carlos. Hace también con él su oficio el verdugo. Y publícase luego el siguiente pregón: «Manda el rey nuestro señor que ninguno sea osado de quitar los cuerpos de estos hombres del cadalso y tablado donde han sido ajusticiados, pena de la vida, sin haber precedido orden ni licencia para ello, para efecto de que sean llevados a se pultar; y mándase pregonar para que venga a noticia de todos.»



# ALFONSO XII, EL PACIFICADOR

Ha sido inaugurado el monumento a Alfonso XII, en el Retiro. Para tomar parte en la fiesta han venido a Madrid los Cuerpos de Infantería y Caballería que llevan el nombre del preclaro Rey. La nación ha manifestado al Rey bueno, al Rey que ostenta el título de Pacificador, cuán grande es su recuerdo, y cómo se complace en testimoniar su cariño y adhesión a su hijo el Rey Alfonso XIII, que además de las virtudes heredadas de su padre, ha sabido reunir otras en forma tal, que su persona se ha atraído el respeto y admiración del mundo entero.

## Los antecesores del Rey.

El Rey Alfonso XIII y por lo tanto nuestro actual Monarca, son de estirpe gloriosa y bien española, puesto que proceden en línea directa del primer Rey de Asturias, D. Pelayo, que el año 718 venció a los moros en Covadonga, y comenzó la reconquista de España, de la que se habían adueñado los hijos de Mahoma.

He aquí según, Pedro Marroquín, la genealogía de nuestro Rey:

Hija de Pelayo y de su mujer Gaudiosa fué Ormesinda, que casó con Alfonso I el Católico. Hijo del primero de los Alfonsos fué Vimerano, que no llegó a reinar y que fué padre de D. Bermudo I el Diácono. Reinó tres años y, a la muerte de Alfonso II el Casto, subió al Trono el hijo de D. Bermudo, D. Ramiro I, el de la Vara de la Justicia, que fué padre de Ordoño I, vencedor de Muza en la Batalla de Clavijo. D. Ordoño fué padre de D. Alfonso III el Magno, que tuvo por hijo a D. Ordoño II, Rey de León, padre de D. Ramiro II, de quien nació D. Ordoño III, padre de D. Bermudo II, el Gotoso y abuelo de D. Alfonso V el Noble, que fué padre de D.<sup>a</sup> Sancha, la cual casó con D. Fernan-

do I, Rey de León, y fueron padres de Alfonso VI. Del matrimonio de Alfonso VI con D.<sup>a</sup> Constanza nació D.<sup>a</sup> Urraca, casada con D. Alfonso I de Aragón y, en segundas nupcias, con D. Raimundo Borgoña, que fueron los progenitores de D. Alfonso VII el Emperador, casado con D.<sup>a</sup> Rica, hija del Gran Duque de Polonia. Hijos suyos fueron Sancho III el Deseado y D. Fernando II, que, casado con D.<sup>a</sup> Urraca, fué padre de Alfonso IX. Sancho III

y D.<sup>a</sup> Blanca fueron padres de D. Alfonso VIII el de las Navas, y casó con D.<sup>a</sup> Leonor de Inglaterra. De este matrimonio nació la grande y magnífica Reina Doña Berenguela, que fué esposa de D. Alfonso IX de León, padres de Don Fernando III el Santo, que conquistó a Sevilla y llenó el siglo XIII con su fama y con su gloria. Su hijo D. Alfonso X el Sabio, casó con D.<sup>a</sup> Violante y fué hijo de ellos D. Sancho IV el Bravo, esposo de D.<sup>a</sup> María de Molina, de cuya unión nació D. Fernando IV el Emplazado. De este Rey y de su mujer D.<sup>a</sup> Constanza de Portugal, vino al mundo D. Alfonso XI, que de D.<sup>a</sup> María de Por-

tugal tuvo a D. Pedro I de Castilla, el Rey Justiciero, y de D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán á D. Enrique II el de las Mercedes. Muerto D. Pedro por su hermano, reinó D. Juan I, hijo de D. Enrique, y le sucedió D. Enrique III el Doliente, hijo de D. Juan I, don Enrique casó con D.<sup>a</sup> Catalina, hija de D.<sup>a</sup> Constanza, fruto de los amores de D. Pedro I y de doña María de Padilla, y que había casado con el Duque de Lancaster.

Padres de D. Juan II fueron D. Enrique y doña Catalina, y abuelos de Isabel la Católica, que al morir su hermano D. Enrique IV subió al Trono de Castilla y de León y realizó por su matrimonio con D. Fernando V de Aragón la unión de España Cris-



S. M. el Rey D. Alfonso XII



tiana, engrandecida después con la conquista de Granada. Doña Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos, casó con don Felipe el hermoso, y de su matrimonio nació el Rey de la Guerra, el gran Emperador Carlos V, que tuvo de su matrimonio con doña Isabel de Portugal a D. Felipe II, de cuya cuarta esposa, doña Ana de Austria, nació D. Felipe III, casado con D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, padres de D. Felipe IV. De su matrimonio con D.<sup>a</sup> Mariana de Austria nació Carlos II el Hechizado, que no tuvo sucesión. Del primer matrimonio del Rey Felipe IV con doña Isabel de Borbón había nacido D.<sup>a</sup> María Teresa de Austria, que se casó con Luis XIV, Rey de Francia, y fué el lazo que unió la familia de Austria; que acababa en su hermano Carlos II y la de Borbón, a la que pasó la Corona de España. Luis XIV y María Teresa fueron padres de Luis, gran Delfín, padre de Felipe V, primer Rey Borbón de España.

Ni Luis I, ni Fernando VI, hijos de Felipe V y de Luisa Isabel y de María Luisa de Saboya, tuvieron sucesión. Su hermano Carlos III, hijo de Felipe y de Isabel Farnesio, casó con Amalia de Sajonia y fueron padres de D. Carlos IV. De este Rey y de María Luisa de Parma nació D. Fernando VII, y de su mujer, D.<sup>a</sup> María Cristina de Borbón, nació D.<sup>a</sup> Isabel II, que fué esposa de su primo, D. Francisco de Asís, y padre de D. Alfonso XII, que casó con doña María Cristina de Habsburgo, padres de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, ilustre descendiente en línea recta de D. Pelayo, el vencedor de los moros en la histórica batalla de Covadonga, mil doscientos años ha.

### Un episodio de la vida de Alfonso XII.

Entre los episodios de la vida de Alfonso XII, figura quizá con importancia máxima por las consecuencias que pudo tener para nuestra Patria salvadas con sin igual inteligencia, por D. Alfonso XII, el recibimiento que le hizo el pueblo de París, a la vuelta de un viaje del Rey a Alemania, donde por haber sido extraordinariamente bien tratado por el Emperador y su pueblo, despertó la animosidad del pueblo francés, ya que entonces soñaba con la *revanche*.

He aquí como cuenta el incidente el barón des Michels, embajador que fué de Francia en Madrid y que acompañaba a nuestro Soberano en su visita.

Se recordará la acogida excepcional que el Emperador Quillermo hizo a Alfonso XII. Se puso todo en juego para halagar el orgullo del Rey de España. En cuanto llegó le designaron, como suyo, uno de los regimientos que se hallaban de guarnición en Estrasburgo y le entregaron el uniforme con obje-

to de que no pudiera eludir el ponérselo en las maniobras. Así se paseó a Alfonso XII por en medio de las tropas alemanas, y éstas le aclamaron vestido con el uniforme de Coronel de hulanos. Además se dispusieron las maniobras de modo que le obligaran a regresar por la Alsacia-Lorena, y se logró hacerle cruzar la frontera para entrar en Francia precisamente el día aniversario de la toma de Estrasburgo. No se necesitaba tanto en un país como Francia para desviar la opinión.

Alfonso XII, al bajar del tren, había sido recibido por el Presidente de la República, los ministros, los embajadores de los dos países y todo el personal acostumbrado. Después de algunas palabras de bienvenida a S. M. se habían puesto en marcha, y atravesando los edificios de la estación, habían salido a la vía pública.

En mi vida olvidaré—dice el embajador—el espectáculo que nos aguardaba. Veinte mil personas había aglomeradas alrededor de la plaza de la estación, en apretadas masas, ocupándolo todo; muchas había subidas en carros, en escaleras y hasta en los tejados y en las chimeneas de las casas. En cuanto apareció el Rey estalló de todas partes un clamor inmenso, entre el cual se destacaban silbidos y vociferaciones de enérgimenos.

A la cabeza de la comitiva se encontraban solos en un *coupé* el Rey y el Presidente Guévy. Ignoro lo que dirían durante el triste trayecto; pero sé que en el segundo coche, un *landeau*, en que nos hallábamos el marqués de la Vega de Armijo, el duque de Fernán Núñez, el duque de Sexto y yo, no cruzamos ni una palabra. Estábamos pálidos al llegar: de rabia los unos, de indignación los otros.

Fuí a quitarme el uniforme, porque tenía que asistir de frac a la comida de D. Alfonso. Cuando llegué a la Embajada de España supe que el Rey había preguntado dos veces por mí. Alfonso XII se hallaba en medio de sus consejeros, todos ellos en un estado de agitación demasiado comprensible. Sólo el Rey conservaba toda su presencia de ánimo. No me disimuló que acababan de insistir fuertemente cerca de él para que se encargara en el acto un tren especial y para que saliera de París aquella noche misma.

—Vea usted mi situación—añadió—. Os esperaba con impaciencia, porque no he querido tomar ninguna resolución sin consultaros.

Ante una pregunta tan directa del Rey no podía eludir la contestación.

No vacilé en decir que la partida súbita del Rey, siendo así que estaba convencido que permaneciese cinco días en París y que asistiera a una serie de fiestas, daría a lo ocurrido un alcance mayor del



que convenía, y que de ello resultarían fatales rozamientos entre las dos naciones, y que sería poco generoso hacer recaer sobre todo el país la culpa de unos cuantos insensatos. También di a entender que las personas mal intencionadas no dejarían de imputar la precipitación del Rey a un sentimiento, al cual cuantos le conocían le sabían, sin embargo, inaccesible. Como Alfonso XII era en realidad muy valiente y ponía empeño en que nadie lo du-

Nos sentamos junto a una mesa; tomé un lápiz, y a medida que se convenían los términos de la declaración que había de pronunciar el Presidente, los escribía yo en un papel.

Al mismo tiempo se enviaban emisarios en busca del presidente del Consejo y del ministro de Negocios Extranjeros. Pero como se echaba encima la hora en que el Rey podía tomar el tren, se decidió que si los ministros no llegaban a tiempo M. Grévy



Monumento al rey Alfonso XII que ha sido levantado en el Retiro y cuya inauguración se verificó el día 3 del actual.

dase, supuse que este argumento daría resultado.

A la mañana siguiente, sin aguardar a que Su Majestad me diera a conocer su última resolución, le anuncié que estaba citado a las once por el Presidente de la República, y le supliqué que no diera ninguna orden definitiva de partida hasta mi regreso. No ignoraba yo que el Rey había dado orden de tener un tren especial a su disposición para la una de la tarde.

Mientras unos ministros franceses habían perdido la sangre fría y otros eludían sus responsabilidades, M. Grévy se mantuvo constantemente en una gran calma. No se hacía, sin embargo, la menor ilusión acerca de la gravedad de los acontecimientos. Me fué, por lo tanto, fácil hacerle comprender que el único partido posible era adelantarse a las complicaciones y presentar al Rey por un movimiento espontáneo las excusas a que la situación obligaba.

no los aguardaría, sino que asumiría la responsabilidad del paso que iba a dar. A las doce en punto el presidente tenía que salir del Eliseo, con su traje oficial y sin olvidar aquella vez el collar del Toisón de Oro, que se le reprochaba de no haber llevado puesto la noche antes de una manera visible. Me adelanté para anunciar a Alfonso XII la visita que le iba a hacer el Presidente de la República y para negociar que S. M. no se marchara hasta el día siguiente, con objeto de que pudiera aceptar la invitación a un banquete que se le daría oficialmente en el Palacio del Presidente de la República. A la hora precisa el coche del Presidente se detuvo ante la Embajada de España, y M. Grévy subió la escalera ostentando el Toisón de Oro y llevando en la mano el texto de la declaración convenida.

Durante aquel día Alfonso XII salió cuando quiso, estuvo en una porción de tiendas y se paseó por los boulevares sin encontrar una cara hostil ni escuchar una palabra inconveniente.»



## DEL CAPÍTULO DE INVENTOS

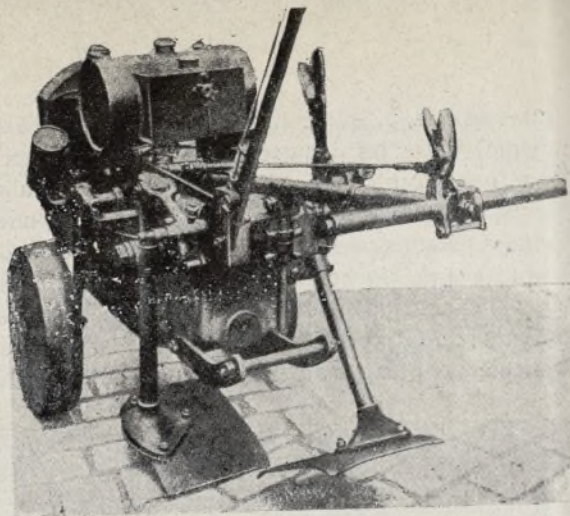
# EL BUEY MECÁNICO

Entre los inventos más curiosos que ha presentado la ciencia automovilista, figura el que representan los grabados de estas páginas. Se trata en efecto, de un verdadero animal mecánico, de un motor con pies que, apoyándose en el terreno para progresar, es capaz de realizar los movimientos continuos, lentos y poderosos del buey, arrastrando sobre terreno desigual una pesada carreta.

El aparato se ha inventado para tratar de sustituir los tractores agrícolas, que como es sabido, por muy poderosos que sean, no son capaces de arrastrar pesos sobre determinados terrenos, pues las ruedas a pesar de los nervios con que las adornan, patinan y no avanzan.

La construcción del nuevo aparato es la que se deduce de los presentes grabados. Está basada en el empleo de palancas que haciendo el oficio de piernas, se apoyan alternativamente en el suelo para hacer avanzar la máquina.

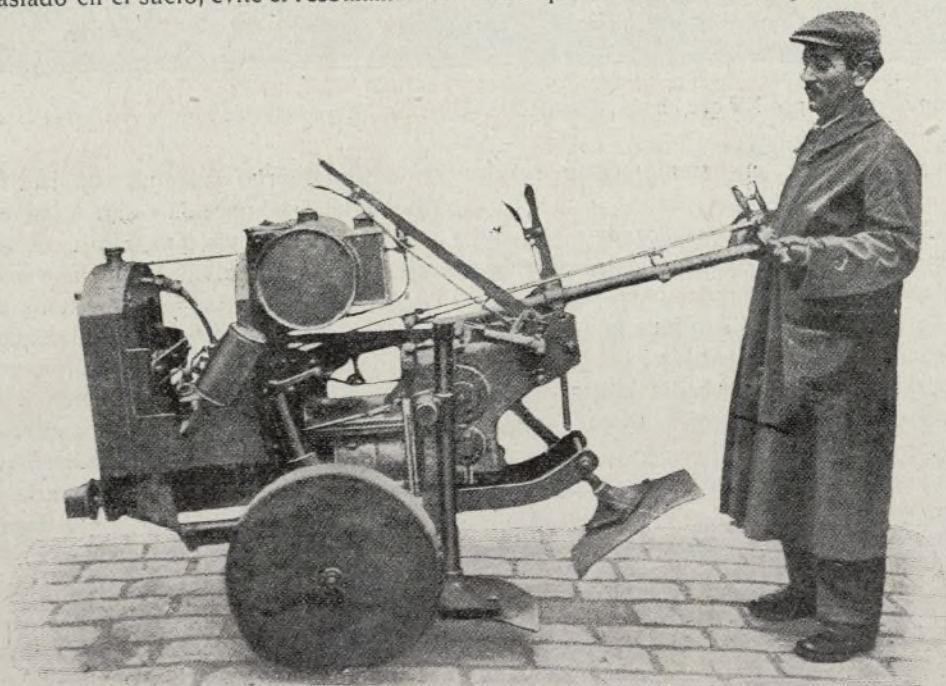
El pie está constituido por una ancha platina de acero convenientemente curvada para que sin penetrar demasiado en el suelo, evite el resbalamiento



Esta poderosa máquina avanza sentando alternativamente en el suelo las palancas que lleva en la parte anterior a manera de piernas.

en terrenos arenosos o fangosos. El esfuerzo del motor se aplica a la parte superior de la palanca y está combinado en tal forma, que los pies suben y bajan alternativamente como las piernas humanas y al estar en contacto con el suelo viene el esfuerzo de palanca que hace avanzar el carro montado sobre dos ruedas.

Para la maniobra, el conjunto está manejado por un mecánico, que actuando en la palanca de mando según se observa en una de las fotografías, no solamente pone en movimiento y dirige la máquina, sino que en caso de un empujamiento de las rue-



Un hombre, colocado en la forma que indica el grabado, maneja fácilmente la máquina, que es capaz de marchar por toda clase de terreno por donde puedan avanzar un buey o un caballo.



das en el suelo, puede levantarlas fácilmente haciéndolas gravitar sobre los pies para vencer de esta manera el obstáculo.

El aparato está construido en forma de que, así como en terreno labrado, marcha por la acción de las piernas metálicas, cuando se haya de marchar por carretera, el motor se embraga directamente a las ruedas que se transforman en motoras y le per-

miten marchar a velocidades de 12 a 15 kilómetros por hora.

Con este aparato, cuando la práctica haya resuelto todas las pequeñas dificultades que se han observado en los primeros ensayos, se puede conseguir el tener verdaderos animales mecánicos, dispuestos para realizar todos los trabajos agrícolas que hoy realiza el buey y el caballo.

## PARA HACER FORTUNA

He aquí para hacer fortuna lo que hace falta, según el millonario americano Carneggie:

«1.º Nacer sin blanca.

2.º Trabajar sin descanso y economizar desde el principio.

3.º Examinar los libros de cuentas y hacer todos los días el balance.

4.º Obrar prontamente y con decisión.

5.º Saber siempre lo que se quiere.»

Si alguien dudase del espíritu práctico legendario en el pueblo yanqui, sólo tiene que pasar la vista sobre tan sabias máximas. Pero seguramente el admirable Carneggie no habrá tenido qué ganar su fortuna a razón de un dólar por día, en cuyo caso todo el trabajo, libros de cuentas, balances y decisiones apenas le habrían bastado a procurarse una pequeña pensión para la vejez.

Otro norteamericano, el ilustre Jeffersén, ha legado a la posteridad diez mandamientos más razonables y de mayor valor comercial. Véanse:

Primero. No aplacéis para mañana lo que podéis hacer en el día.

Segundo. No gastéis vuestro dinero antes de haberlo ganado.

Tercero. No compréis nada inútil a pretexto de que «es barato».

Cuarto. No sintáis nunca no haber comido demasiado.

Quinto. El trabajo hecho a gusto no cansa nunca.

Sexto. No recurráis a otro para que os haga lo que podéis hacer solos.

Séptimo. La vanidad y el orgullo nos cuestan más caros que el hambre y la sed.

Octavo. Empezad las cosas por el principio.

Noveno. Evitad las penas y los cuidados que sólo están en vuestra imaginación y que nunca acontecen.

Décimo. Contad hasta diez antes de hablar cuando estéis disgustados y hasta ciento cuando montéis en cólera.

A este mismo género pertenecen los consejos del higienista Monlau acerca de tan importante extremo.

Oigámosle:

«Trabaja siempre mientras puedas y en lo que entiendas. Gasta siempre un poco menos de lo que ganes; paga siempre al contado; nunca prestes cantidad mayor de la que, en su caso, puedas buenamente condonar o dar; nunca respondas de la solvencia de otro sin tener disponible la cantidad por la cual salgas fiador, ni comprometas en especulaciones lo que necesites para vivir.»





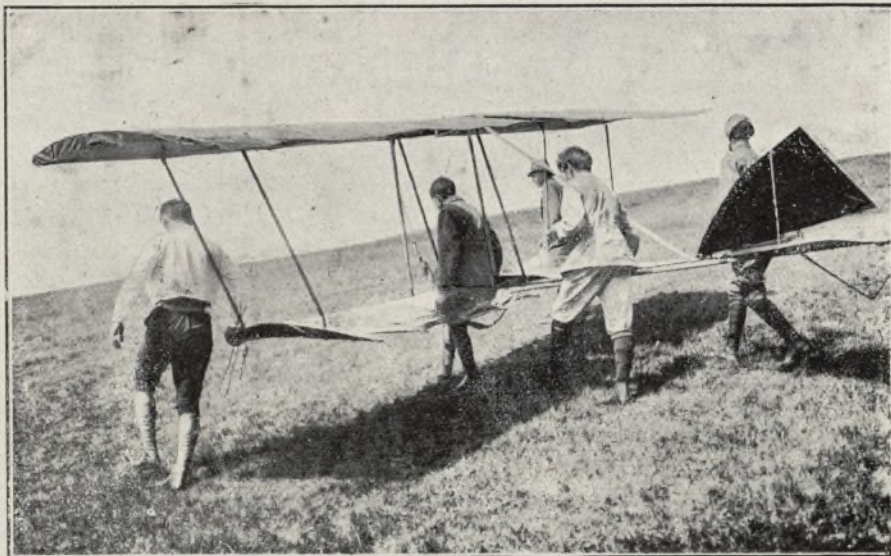
## CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

# El vuelo de los aeroplanos y el vuelo de las aves

Los aviadores tratan en la actualidad de resolver un problema interesantísimo. El problema es, el de volar sin motor remedando lo que hacen las aves para sostenerse en el aire. Al efecto, se hacen pa-

Las alas de las aves no son ni más ni menos que sus brazos y sus manos, que al servir para volar han perdido otros muchos usos.

La forma del brazo y de la mano queda disimu-



Los aviadores tratan en la actualidad de volar sin motor, valiéndose de aparatos especialmente preparados. El grabado muestra cómo se trata de iniciar un vuelo colocándose contra el viento y haciendo que los ayudantes sostengan el aparato hasta el momento preciso.

cientes estudios para determinar de una manera exacta el vuelo de las aves.

### Como vuelan las aves.

A un animal o a un objeto, para volar, lo que necesita es una corriente de aire propia, hecha a su gusto, y esto sólo pueden tenerlo procurándose la ellos mismos. Esto es lo que hace el ave y lo que hace el aeroplano.

Si nos fijamos en el vuelo de un aeroplano veremos que depende de dos elementos: una o más hélices que baten el aire y producen la corriente necesaria, y uno o más planos horizontales para sostenerse en el aire. En las aves, que han servido de modelo al hombre para todos sus aparatos voladores, el vuelo se basa en los mismos principios; pero los dos elementos se encuentran combinados en uno sólo, en las alas, que hacen a la vez de hélice y de plano de sustentación.

lada por las plumas del ala, que son las que realmente forman el plano de sustentación. Estas plumas son de dos clases: unas largas y estrechas, colocadas en serie a lo largo del brazo, del antebrazo y de la mano, y que al cerrarse el ala montan unas sobre otras como las varillas de un abanico, y otras más cortas, redondeadas, que cubren el arranque de las largas y están dispuestas como las pizarras de un tejado. A las plumas largas se les da el nombre de «remeras», nombre muy apropiado, porque las alas son verdaderos remos para navegar por el aire. Las plumas cortas y puestas como pizarras se denominan «coberteras» o «cobijas», y las hay por encima y por debajo del ala, es decir, superiores e inferiores.

El número de plumas de las alas varía considerablemente; pero en cada especie es siempre el mismo. Como el tamaño del ala depende principalmente de la longitud del antebrazo, cuanto más larga es el ala hay más remeras.



El movimiento de las alas al volar recuerda algo, el de los remos. Un remero hunde el remo en el agua hacia la proa, y luego lo levanta sacándolo hacia la popa. El ave baja las alas tendiéndolas hacia atrás. Podría decirse que el ave es una embarcación que rema en el aire, con una diferencia: que la embarcación flota sobre el agua, y los remos sólo sirven para comunicarle el movimiento, mientras que en el ave, el movimiento de las alas sirve a la vez para el movimiento y para formar la corriente que la sostiene en el aire.

Pero no todas las aves vuelan lo mismo. Todo el que haya estado en un puerto de mar y haya visto las gaviotas volando, habrá observado que lo hacen batiendo el aire con las alas en la forma que acabamos de decir. Del mismo modo vuelan los patos, los cuervos y otras muchas aves; pero las águilas, los buitres y otras especies, aunque al arrancar a volar agitan también las alas, una vez que se han lanzado al espacio las dejan completamente inmóviles, abiertas, y surcan el aire como deslizándose. Estas aves, por consiguiente, no se fabrican una corriente de aire para sostenerse, sino que aprovechan la brisa natural, volando como vuela una cometa o uno de esos paracaídas de papel de seda que los chicos echan al aire en días de viento.

### Vuelo a remo y vuelo a vela.

Estas dos son las principales maneras de volar, y se ha convenido en llamarlas vuelo a remo y vuelo a vela. A las aves que vuelan como la gaviota y el pato, batiendo rápidamente las alas, se les da el nombre de «aves remeras», y a las que vuelan con las alas inmóviles, como el águila y el buitre, «aves veleras».

También hay en el mundo alado especies que son a la vez veleras y remeras; es decir, que vuelan batiendo el aire con las alas; pero de vez en cuando interrumpen este movimiento y recorren una distancia más o menos grande con las alas quietas. Así es como vuelan las perdices y las palomas.

Todas las aves, al hechar a volar, procuran hacerlo contra la dirección del viento, lo que sin duda facilita considerablemente la arrancada. El levantar el vuelo les exige casi siempre cierto esfuerzo, si son aves acuáticas, se las ve aletear primero violentamente, como si les costase trabajo salir del agua, y las aves terrestres tienen que correr alguna distancia o dar un salto. Las gaviotas son tal vez las aves que con más facilidad arrancan a volar, no molestándose siquiera en ponerse de pies antes si están echadas. En cambio, el condor empieza su vuelo con mucha dificultad, dando algunos saltos



El aviador para lograr el vuelo, sin motor, se lanza desde una altura con su planeador preparado al efecto.

ridículos y agitando las alas como para tomar impulso, a pesar de lo cual, una vez en el aire, puede remontarse a enormes alturas y pasar horas enteras volando.

Mucha gente asegura que los vencejos y algunos otros pájaros, si por acaso llegan a posarse en el suelo, no pueden remontarse de nuevo. Esto no es exacto en absoluto; pero sí es cierto que a estas aves les cuesta mucho trabajo levantar el vuelo, por que como tienen las patas sumamente cortas, no pueden correr ni saltar para tomar impulso.

Los pájaros que pasan la mayor parte de su vida en los árboles suelen emprender el vuelo lanzándose desde las ramas, y muchos de ellos vuelan de un modo muy curioso: se elevan batiendo las alas y de pronto las cierran y se dejan caer diagonalmente, para volver a elevarse aleteando, lanzarse de nuevo hacia abajo y continuar alternando ambos movimientos, que vienen a formar un vuelo ondulante.

### Cómo se mantiene un pájaro en el aire.

Hay aves que saben detenerse en el aire, sosteniéndose en un mismo punto, por medio de un rápido aleteo, con el cuerpo erguido y la cola muy abierta.



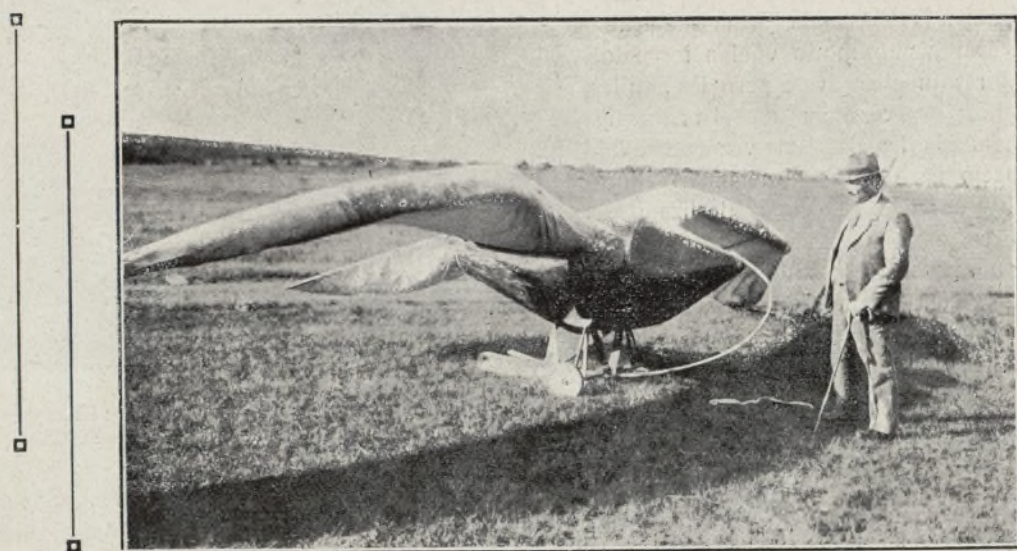
A esto se llama «cernerse», y en nuestro país hay una pequeña ave de rapiña que ha recibido el nombre de cernícalo precisamente por eso, porque se ciernen en el aire para acechar desde arriba su presa. Los pájaros moscas también se ciernen delante de las flores mientras con su largo pico extraen el néctar. Realmente, el vuelo de estas diminutas avcillas es siempre un vuelo cernido; sus alas se agitan con tal rapidez, que apenas se las ve más que como una especie de sombra en constante vibración, produciendo un zumbido que recuerda enteramente el de un abejorro.

Indudablemente, hay una estrecha relación entre

dobra la cola hacia abajo para moderar la velocidad.

### La velocidad de las aves.

Algunos naturalistas se han preocupado de averiguar la rapidez del vuelo de diversas especies, y han observado que los vencejos y las golondrinas son las aves más ligeras. Se ha visto a una golondrina hacer en una hora 205 kilómetros. En un largo recorrido, en que el ave se cansa y no siempre tiene el viento a su favor, la velocidad debe reducirse bastante; pero así y todo, se ha comprobado que los vencejos, en sus emigraciones, hacen de 120 a



Algunos aviones sin motor tienen exactamente la forma de las grandes aves de presa.

la forma de las alas y el modo de volar. Las aves que, como la perdiz, tienen las alas cortas, para poder volar de prisa tienen que moverlas muy rápidamente, lo cual les fatiga pronto. Por eso estas aves tienen siempre el vuelo corto. Las aves veleras suelen tener las alas menos puntiagudas que las aves remeras, y entre aquéllas se ha observado que las que vuelan a gran altura, como el águila, las tienen además muy anchas.

Así como las alas vienen a ser para el ave las velas o los remos para navegar a través del espacio, la cola le sirve como timón, inclinándola ligeramente a un lado o al otro cuando quiere cambiar de dirección, y de aquí que las largas plumas que lleva este órgano reciban el nombre de «timoneras». También hace la cola el oficio de freno; cuando el ave deja de volar, en el momento de ir a posarse,

160 kilómetros por hora. Mucha gente cree que las palomas mensajeras son las mejores voladoras; pero en realidad son pocas las que llegan a hacer 100 kilómetros por hora; es decir, próximamente lo mismo que un pato silvestre y poco más que un ganso, que recorre en una hora 90 kilómetros.

También se ha dado a los halcones una fama inmerecida de aves rápidas. En tiempo de Felipe III regalaron a su ministro el duque de Lerma, estando en Andalucía, un halcón de Canarias que se le escapó y volvió a Tenerife en diez y seis días. Si hubiera volado en línea recta, esto querría decir que no hizo más de 80 kilómetros por día; pero seguramente el ave dió un rodeo por Africa para descansar y comer. Observaciones modernas, en efecto, han demostrado que el halcón, cuando viaja, vuela a razón de 80 kilómetros por hora solamente.



00

00

00

00

00

00

00

00

# PAGINA DE ARTE



UN RINCON DE LA KABILA

00

00

00

00

00

00

00

00





## El Peñón de Vélez de la Gomera

Entre las notas de nuestra campaña africana, se destaca con notoria intensidad la que se refiere al Peñón de Vélez de la Gomera, donde una pequeña guarnición española mantiene durante meses el honor de las armas defendiéndose brillantemente y ocasionando al enemigo tales daños que ha tenido que cejar de su empeño de asaltar el minúsculo peñón.

La situación del peñón de Vélez frente a la costa africana es tan expuesta, que nuestros lectores se

suponerse cómo serán las edificaciones. Verdaderas grutas talladas en la roca que aprovechan los accidentes del suelo para labrar una ventana o buscar una salida. La aridez del islote es tal que no hay un trozo de tierra donde se puedan enterrar los muertos. El enterramiento ha de hacerse en nichos de mampostería que semeja una pequeña colmena situada entre dos murallas en un rincón de la isla.

La guarnición del peñón ha vivido siempre tranquila hasta los últimos sucesos. Durante ellos, la



Vista de la parte Sur del Peñón de Vélez de la Gomera. En el fondo se observa la costa marroquí, que en algunos puntos no llega a distar más de 80 metros del Peñón.

podrían difícilmente dar cuenta de ella, sin la contemplación de las presentes fotografías. Se ve en efecto, que la posición dista de la costa marroquí apenas un centenar de metros. Puede calcularse cuales pueden ser las audacias del enemigo sabiendo que puede impedir con sus fuegos el socorro y avituallamiento de la plaza.

El peñón se eleva perpendicularmente en el fondo de una bahía salvaje. El diámetro de la base del peñón no llega a los 200 metros y su altura es un poco menor de esta cifra. Con estos datos, puede

osadía del enemigo llegó a asaltar el pequeño islote que se ve a la izquierda de nuestra fotografía y que se ligaba al peñón por medio de un puente de madera. El puente fué destruído para establecer la incomunicación y en situación tan crítica se pidieron refuerzos a Melilla que envió inmediatamente una sección de legionarios y una batería de artillería. Juntas estas fuerzas con las que había en la plaza echaron a los ocupantes del islote y han sabido defenderse con tal denuedo que ya los moros desalentados juzgan imposible la empresa de ocupar el



peñón, que un día creyeron realizable y sus ataques son cada vez menos intensos.

Las últimas operaciones han sido cruentas para la oficialidad; gran número de jefes y oficiales han caído víctimas del plomo enemigo y entre ellos algunos a quienes ligaban con esta redacción de ARMAS Y LETRAS estrechos vínculos de amistad.

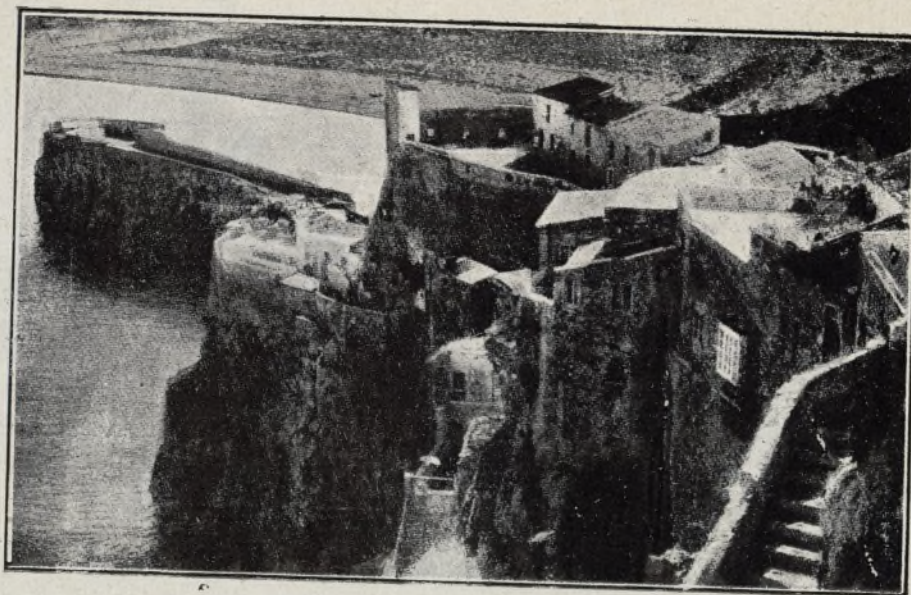
Una de las bajas de la ocupación de Tazarut ha sido el alférez Villamide, bravo oficial que en su corta vida militar había sabido destacarse grandemente por sus brillantes cualidades.

El alférez Villamide que ingresó en la Academia de Infantería (simultaneando su carrera de música)



D. José Villamide Carol, alférez del grupo de Regulares de Larache que sucumbió gloriosamente en la toma de Tazarut.

en Julio de 1917, fué promovido a alférez el 8 de Julio de 1920, y destinado al Batallón de Cazadores de Barcelona, núm. 3, donde comenzó su vida de



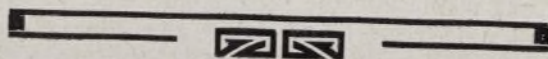
Vista de la parte Norte del Peñón. El islote que se ve a la izquierda y que estaba ligado a la plaza por un puente de madera llegó a ser ocupado por los moros, y de él fueron desalojados valientemente por nuestros soldados.

oficial hasta que en Agosto último fué destinado al Regimiento de León, núm. 38, en Madrid, saliendo para Larache ese mismo mes y pasando *voluntariamente* en Septiembre al grupo de regulares de Larache, núm. 4. Con este grupo sin abandonarlo ni un sólo día, asistió a numerosos combates, y últimamente a la toma de Tazarut.

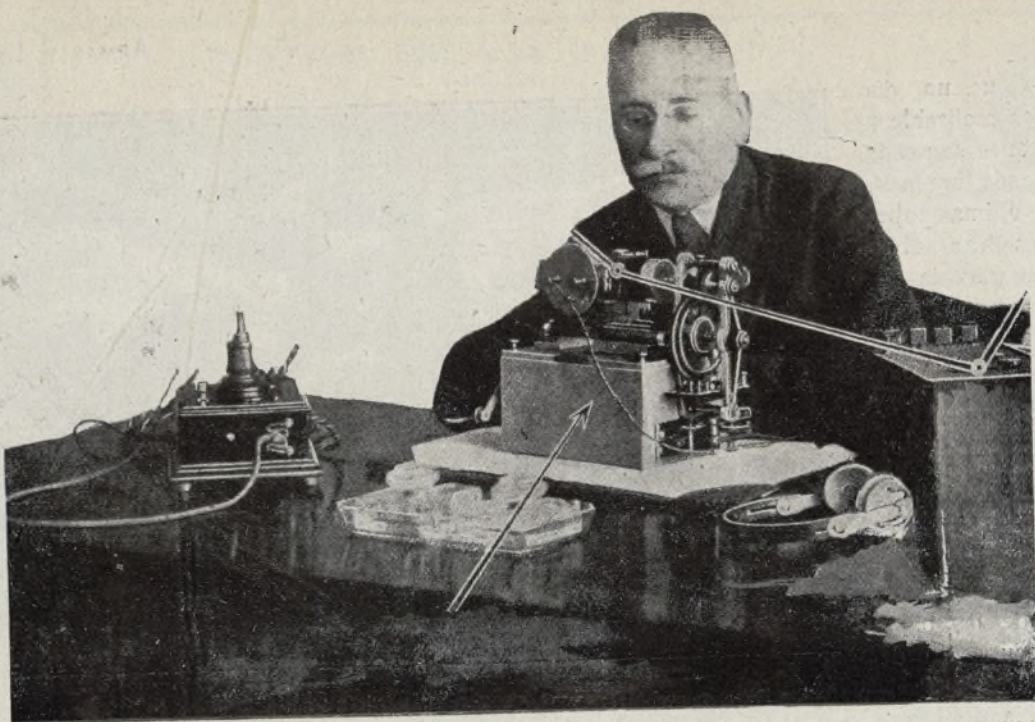
Al regresar de este último punto hacia el campamento general de Nesperah en una marcha de flanco, siguiendo el río Telata, fué atacada violentamente la retaguardia en que iba su fracción de regulares y fuerzas de Mallorca sucumbiendo en el combate quedando en el campo y siendo recogido según noticias oficiales varios días después y enterado solemnemente en Alcazarquivir.

El Teniente Coronel D. Antonio de la Rubia, Jefe de Cazadores de Barcelona, núm. 3, en que el alférez Villamide comenzó como hemos dicho su vida militar, dirigió al Teniente Coronel Villamide, padre del infortunado alférez, el siguiente telegrama:

«Oficialidad este Batallón enterada vuestro telegrama envía más profundo sentimiento por pérdida irreparable, teniendo a orgullo haber contado entre sus filas a quien supo dar su sangre por la Patria».







Para transmitir una fotografía por la telegrafía sin hilos se coloca la fotografía, en la que se han sacado los relieves, sobre el tambor del presente aparato. Sobre él se mueve un punzón que con sus vibraciones origina emisiones de ondas de diversas intensidades...

#### VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

## LA TRANSMISIÓN DE LAS IMÁGENES POR LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

La última maravilla de la ciencia, es la transmisión de imágenes por medio de la telegrafía sin hilos. El fundamento de tan interesante novedad de transmisión de imágenes que ya habrá sido estudiada antes de las ondas hertzianas revolucionarán la telegrafía, es la siguiente:

Es indudable que por un mecanismo análogo al del teléfono: si la corriente eléctrica puede modificarse por la acción mecánica de los sonidos, aún más profundamente puede modificarse por la acción de los rayos de luz de variada intensidad y colores diversos.

La fotografía demuestra que hay sustancias sumamente sensibles a la acción de la luz; si pues se encuentran sustancias que al mismo tiempo que sensibles a la luz, sean conductoras de la electricidad y que respondan a las modificaciones de la corriente eléctrica como esta respondió a las de las sustancias receptoras de la acción de la luz, el problema estará resuelto.

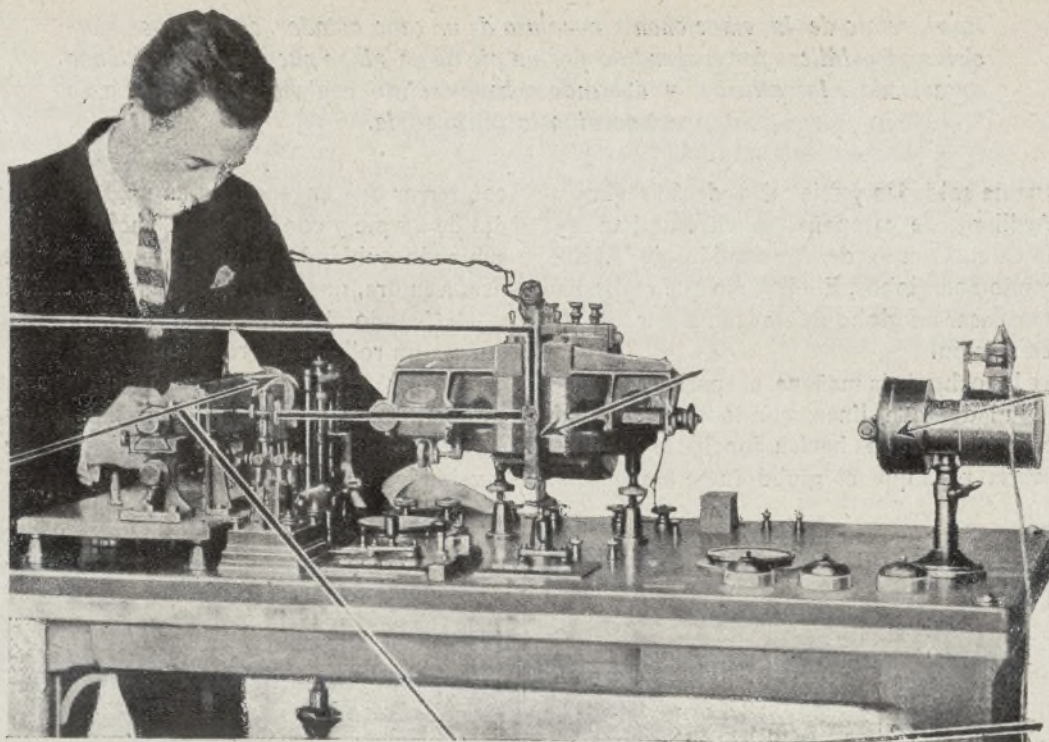
Ahora bien, dichas sustancias existen y se han encontrado. Supóngase, pues, una instalación formada de un espejo receptor, pilas eléctricas, hilos de comunicación, y un espejo reproductor. Estas

cuatro partes forman, en cierto modo, un ojo gigantesco. Los hilos de comunicación constituyen un haz de muchísimas hebras las cuales al llegar a los espejos se separan y distribuyen por las superficies de los espejos receptor y reproductor como los filetes de un extremo del nervio óptico se distribuyen por la retina del ojo humano y los filetes del otro extremo se distribuyen en el cerebro.

El espejo receptor está formado de una composición hecha con el cuerpo simple llamado *selenio* y con *yoduro de plata*; esta composición constituye una especie de plancha bruñida, en la cual vienen a clavarse por detrás los centenares de filetes metálicos del hilo de comunicación; el espejo reproductor está construido y montado de un modo semejante, pero la plancha sensible está hecha con selenio y cromo.

En esta forma, el espejo receptor representa, pues, la retina del ojo humano, donde van a pintarse las imágenes de los objetos exteriores, y sensible a la acción de la luz; el haz de hilos eléctricos corresponde al nervio óptico y el espejo reproductor viene a ser como el cerebro donde se recibe la impresión efectuada en la retina.





... cuyas ondas, al ser recogidas a distancia por la antena, hacen funcionar un galvanómetro de este aparato, el que origina destellos luminosos que impresionan un papel fotográfico, en el que se reproduce, punto por punto, la imagen sobre la que se movía el punzón en el aparato transmisor.

Así las cosas, el aparato se dispone cuando haya de funcionar, en la forma siguiente:

Se coloca el espejo receptor en el fondo de una cámara oscura fotográfica, como la retina lo está en el fondo del ojo, y de esta suerte los objetos colocados delante, que pueden ser una persona, un cuadro, un monumento, una campiña, etc., mandan sus rayos de luz, como en la fotografía, al espejo receptor. La acción de estos rayos, diferente según su color e intensidad luminosa, determina una acción química momentánea en la sustancia que forma el espejo, lo cual modifica la corriente eléctrica en cada uno de los filetes metálicos que con aquel comunica. La modificación de la corriente eléctrica se trasmite al otro extremo del haz, que, distribuyéndose igualmente por la superficie del segundo espejo, origina en este las modificaciones químicas correspondientes que reproducen con fidelidad todos los matices de la luz que hirió al primer espejo.

La misma corriente eléctrica es la que suministra la luz con que se representan las imágenes en el espejo reproductor, dando, por la débil incandescencia de unos puntos y por tenues descargas en otros, un ligero resplandor a modo de fugaz fosforescencia que da el mágico resultado final.

La trasmisión de las imágenes por la telegrafía sin hilos, últimamente llevado a la práctica, durante la conferencia de Washington, se modificó utilizando los aparatos perfeccionados, cuyo diseño se presenta en estas páginas. La fotografía que se trataba de transmitir, se hacía en relieve y se colocaba sobre un cilindro. Sobre él se apoya un estilete que al recorrer los antibajos de la fotografía, origina emisiones eléctricas que, recogidas por un galvanómetro por la estación receptora, desplazan más o menos una laminilla de cuarzo que cubre una lente, por la que pasa un rayo luminoso que con sus intermitencias va impresionando en un papel sensibles puntos de distintos tonos, que reconstituyen la imagen transmitida, por la estación trasmisora.

Todo es posible, pues, para la ciencia de hoy, y esta cuestión de la transmisión de las fotografías puede ser de interés extraordinario. Por lo pronto, ya ha sido aplicada para transmitir las impresiones digitales encontradas sobre una pieza de convicción, para esclarecimiento de un robo.

Claro es que estando el invento en sus comienzos, todavía adolece de inconvenientes. Pero éstos irán subsanándose poco a poco, y llegará el día en que será tan fácil como enviar un despacho, el enviar a través del espacio la fotografía de un hecho.



# LA AVENTURA DE UN SOLDADO AVIADOR

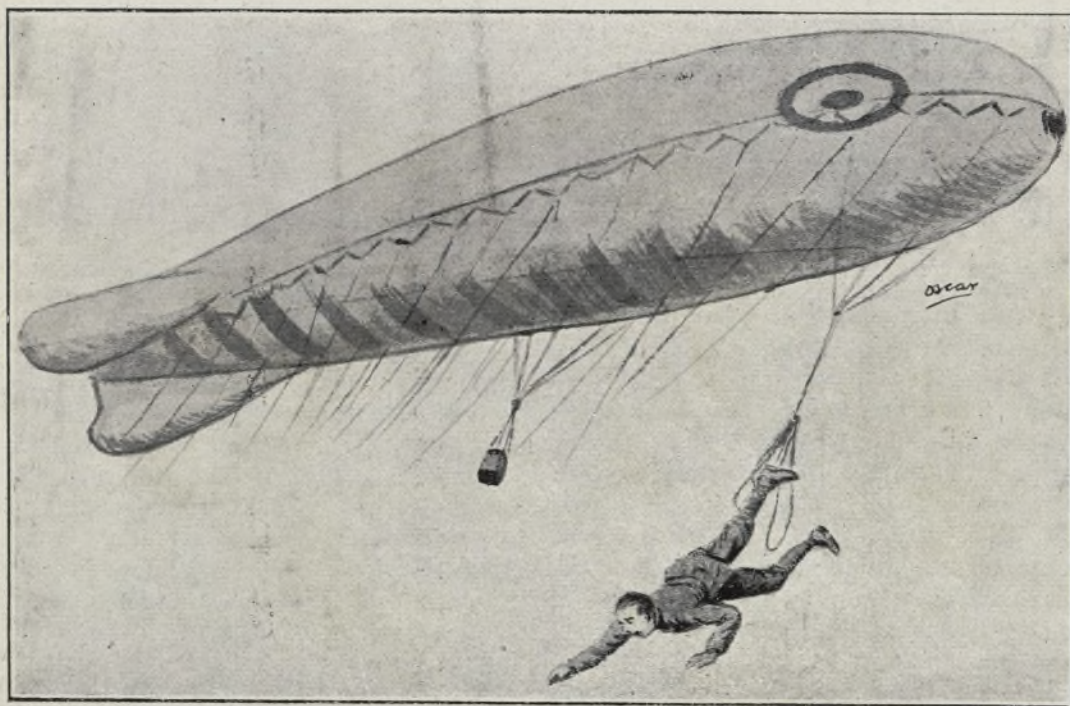
*Es el relato de la emocionante aventura de un cabo aviador, que en unos ejercicios aerostáticos fué suspendido por un pie de un globo que se escapó, siendo arrastrado a las alturas, y debiendo el haber salido con vida del lance a su extraordinaria sangre fría.*

Cincuenta soldados y seis cabos del 33 regimiento de Artillería de campaña, se encontraban una mañana en el Campo de Aerostación de Avrille, practicando con globos. El ejercicio que realizaban era hacer pasar un globo de un lado a otro de un cable en tensión.

Sobre las ocho de la mañana, el aparato se encontraba a un lado de la línea, con todo su cordelaje pendiente; los soldados hacían funcionar la polea de la cabria para que el globo fuese tomando al

con terror que enganchado en un paquete de cuerdas de un pie y con la cabeza hacia abajo, seguía subiendo, subiendo, el protagonista de esta terrorífica aventura, que la narra del siguiente modo:

—«Cuando el cable se rompió, estaba yo situado junto a un rollo de cuerdas que era preciso hacer pasar sobre el cable eléctrico. Sentí de pronto un choque brusco que me hizo caer hacia atrás, y fui elevado a una velocidad que estimo sería de veinte o veintidós metros por segundo.



tura, y todo parecía desarrollarse de un modo normal, cuando el cable se rompió. El globo dió un bandazo.

Fué un momento de confusión; se oyó el grito de «¡Soltarse!» y los hombres que sujetaban el cable y los que arreglaban las cuerdas se dejaron caer al suelo más o menos rápidamente; uno de ellos, el cabo Gautier, arrastrado por el globo en libertad, al pasar por el tejadillo del Cuerpo de guardia se desprendió de una altura de ocho metros, sin graves consecuencias, mientras que el soldado Hilario, elevado hasta una altura de quince metros, soltó la cuerda y se estrelló contra el suelo...

Cuantos estaban en el Aerodromo observaron

Durante un instante no me di cuenta de lo que me ocurría; ascendía en el espacio sin pensar en el peligro de mi extraña posición. ¿A qué altura me encontraba cuando pude recobrar la calma? Creo que estaba a más de cien metros. El aparato se elevaba y mi cuerpo se mecía, acompasadamente, con la cabeza hacia abajo.

Me apercibí entonces que tenía el pie cogido, no por todo el rollo de cuerda, sino únicamente por una de las vueltas; mi plé no se sujetaba más por el, esfuerzo instintivo que yo hacía para tenerlo rígido.

Tuve la intuición precisa de que el menor desfallecimiento, el más imperceptible movimiento, me costaba la vida...



Fueron instantes de terrible agonía.

Veía yo, sin embargo, a menos de un metro del alcance de mi mano sobre mí el rollo de cuerdas, y pensé que si pudiera atraparlo me habría salvado; esto me volvió toda la serenidad.

Me encontraba a unos trescientos metros de altura; haciendo un gran esfuerzo traté de incorporarme, pero aunque resultó infructuosa la tentativa,



imprimí un mayor balanceo al cable, y pensé que si ese balanceo se ampliaba, llegaría a conseguir mi objeto.

Cada vez creía más firmemente que podía salvar la vida; cuando me hallaba a unos 500 metros de altura, reuní toda mi energía y en un supremo esfuerzo alcancé el paquete de cuerdas, al que me así fuertemente con la mano derecha. Todo esto en menos tiempo que se tarda en contarlo y sin entretenerme en largas y profundas reflexiones.

En situaciones tan peligrosas como la mía los pensamientos se suceden rápidamente y el esfuerzo

físico, dócil, sigue los impulsos del cerebro y obedece como un autómatas al instinto de conservación que hay en nosotros.

Todo eso se había realizado en el espacio de algunos segundos y yo veía aún el cuartel y las dependencias del Aerodromo cuando había conseguido situarme en posición normal entre las cuerdas.

Sentí una gran tranquilidad; había pasado el peligro inmediato y para más seguridad, me desabroché el cinturón y me sujeté con él al cable.

A partir de este momento me dije que, si la cuerda que sujetaba el rollo al globo resistía, tenía grandes probabilidades de aterrizar, toda vez que el globo acabaría por desinflarse.

Esta ruptura posible de la cuerda era mi sólo temor; podré decir que mi vida pendía de un hilo.

El globo subió rápidamente a más de 1.800 metros; su marcha era de una velocidad de 35 a 40 ki-

lómetros la hora; reconcentrado en mí mismo, cerraba la boca, porque el aire, muy vivo, no me dejaba respirar.

El tiempo era hermoso, y tranquilo ya relativamente, distinguía bastante bien las carreteras, el río y la línea del ferrocarril. No me daba exacta cuenta del tiempo que permanecía en el aire, pero no parecía mucho: sentía además frío; la circulación de la sangre en las piernas estaba dificultada por la cuerda sobre la que iba montado, y a menudo me elevaba sobre los brazos para cambiar de postura; los puños los tenía anquilosados.

No disponiendo de ningún medio de apresurar el descenso, me dejé llevar a la gracia de Dios, y pensaba en el modo como podrían socorrerme, cuando escuché el ruido de un motor y observé que un avión se dirigía hacia mí y daba vueltas alrededor del globo.

Imaginé que el aviador que hacía dar vueltas a su aparato alrededor de mi globo ensayaría desinflarlo con algunos balazos... ¿pero no ocasionaría esto un descenso demasiado violento?

Pasados algunos momentos empecé a tener una visión más clara de los objetos que se encontraban en tierra, se hicieron más perceptibles los caminos, las casas; pasé sobre una ciudad, vi un automóvil corriendo por una carretera, y pasados unos minutos reconocí en él a mi teniente que me hacía señas con un pañuelo...

Ya no dudé de un pronto aterrizaje; el globo descendía a una velocidad que estimaba sería de unos tres metros por segundo; cruzamos sobre unos setos, apenas a cinco metros de los arbustos espinosos... y ya no dudé.

Con una agilidad que nunca creí tener, solté mis cuerdas y me agarré a las ramas que se rompieron vencidas por mi peso y caí a tierra sano y salvó, pero muy fatigado.

El globo se remontó algo, para caer en un campo inmediato.

Aún me duraba el natural desvanecimiento, cuando sentí la bocina de un auto y luego el trepidar de un motor...

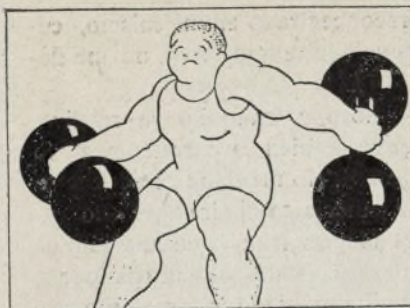
Mi teniente me abrazó sonriendo y después de hacerme beber un confortativo, me ayudó a subir al auto; eran las diez de la mañana; había estado volando al azar dos horas...

Me había salvado el aviador que voló alrededor del globo: ya me explicarían cómo; ahora —ya me encontraba entre mis compañeros que me recibieron con afectuosas muestras de cariño— era yo el que debía narrar mis impresiones.

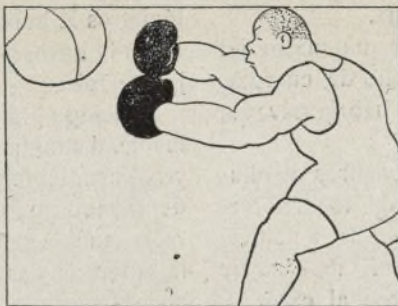
Y les conté lo mismo que les he dicho a ustedes: Me salvó mi deseo de vivir.»



# LA VIDA DEL BOXEADOR



Se pasa las mañanas levantando pesos...



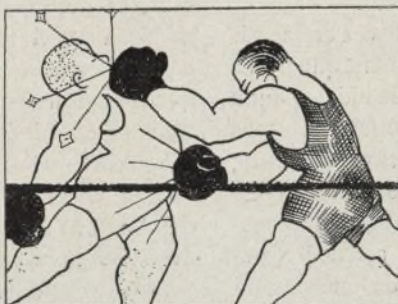
... y las tardes aporreando balones...



Los días festivos los dedica a hacer carreras...



... y engulle como un ogro...



... para llegar al combate...



... y terminar así.

## CURIOSIDADES

La tradición marca que en el palacio del rey de Inglaterra haya un funcionario que reúne los cargos de intendente del guardarropa de Su Majestad, de principal ayuda de cámara y de contador particular del rey.

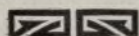
Es el encargado de examinar y de poner el visto bueno a todas las cuentas menudas del rey, tales como por ropa, calzado, cigarros, joyas que compra Su Majestad para hacer regalos, billetes de teatro y demás cosas que no paga el tesoro de la real casa.

En su capacidad de intendente del guardarropa regio el citado funcionario desempeña un cargo muy complicado. Cada vez que el rey tiene que ponerse un uniforme, se coloca éste en un maniquí que es casi una reproducción escultórica del cuerpo del rey; el intendente examina el uniforme con la mayor minuciosidad, para ver si tiene arrugas, alguna mancha o cualquier otro desperfecto, y para cerciorarse de que cada correa, cada cinta, cada hebilla y cada banda están en su sitio, lo cual requie-

re un conocimiento perfecto de los detalles de los uniformes, y téngase en cuenta que son numerosísimos los de un soberano como el de Inglaterra.

Además tiene que cerciorarse de que las condecoraciones estén precisamente colocadas en el sitio debido. En esta delicada materia el citado ayuda de cámara no tiene rival en Europa. Cuéntase, sin embargo, que una vez dejó pasar que un subalterno colocara la estrella del Imperio de la India encima, en vez de abajo, de la Estrella de India, que es una condecoración superior a ella. El rey, al ponerse el uniforme, notó enseguida la falta de etiqueta, y sonriendo se la hizo notar al ayuda de cámara.

El número de uniformes que posee el rey Eduardo, llega a 500. Por este dato puede juzgarse de la memoria que necesita tener el intendente del guardarropa para acordarse con toda precisión del sitio en que cada uno de ellos han de ocupar los botones, los bordados, los correaes, las cintas, etcétera, etc.





# S E R E N A T A

## I

Es el mágico ensueño de una noche de Junio;  
se aspira un acre aroma de voluptuosidad;  
sobre la tierra en calma esparce el pleni unio,  
como caricia suave, su tenue claridad.

Bajo la fronda umbria, huele a flores en celo,  
y se oye de la fuente el grave murmurar;  
la luz de las estrellas salpica de oro el cielo,  
sumergido en el breve parpadeo estelar.

Rindiendo en la penumbra al amor homenaje,  
el jardín florecido se estremece de amor,  
bajo el beso que pone la luna en el ramaje,  
forjando filigranas como rauda de encaje;  
su linda cantinela desgarra el surtidor.  
Se escuchan en la sombra rumores misteriosos,  
que son como suspiros del viento en el jardín;  
confusas melodías y besos rumorosos,  
crujidos que parecen lamentos dolorosos;  
se aspira un fuerte aroma de rosa y de jazmín.

.....  
Es la tierra fecunda, que de amores sedienta,  
celebra dulcemente sus regios esponsales,  
de la luna de Junio bajo el claro fulgor.  
¡Más quién sabe! La calma presagia la tormenta,  
y quizá interrumpidos sus idilios triunfales,  
mueran las flores bellas, de amor y de dolor.  
Que hay algo extraño y trágico que flota en el ambiente,  
y un relámpago, lejos, su látigo quebró;  
fué un momento tan solo, y luego raudamente,  
en el confín del cielo su lumbré se perdió.

## II

Una reja florecida  
en la estrecha callejuela por la luna iluminada;  
tras la reja, entre claveles, unos ojos que sonríen,  
y en la estrecha callejuela, en los hierros apoyada,  
dibujando su silueta poderosa,  
una sombra se destaca.

Todo es dulce somnolencia  
en la noche azul y plata.  
Trae la brisa de allá lejos  
sofocantes y ardorosas oleadas  
de un olor voluptuoso, a heliotropo y albahaca.

En la noche rumorosa,  
en la noche estremecida y perfumada,  
el idilio florecía dulcemente,  
como fluye del tranquilo manantial el agua mansa.

.....  
Luego un beso tenue y suave,

interrumpe bruscamente el rumor de las palabras;  
hay como una sacudida de placer en el ambiente.  
¡Más quién sabe si en la sombra la tragedia se agazapa!  
Que es la calma en el espíritu del hombre  
mensajera que presagia  
las terribles sacudidas,  
las tormentas dolorosas de las almas.  
Escuchóse en lejanía,  
de una ronda el rasguear de las guitarras,  
y una voz vibrante y dulce  
desgranó la melodía de una bella serenata.

## III

Más de pronto en la sombría callejuela  
una sombra, por las sombras vomitada,  
lanzó un reto a su rival; un grito ahogado,  
rasgó el viento; relucientes las navajas,  
son relámpagos que rompen raudamente la penumbra  
de la noche, sumergida, de la luna la luz clara.  
Una nube tenebrosa ocultó en su seno obscuro  
a la reina de la noche, triste y pálida,  
y un relámpago cruzó la negra nube,  
desgarrando sus entrañas;  
y fluyendo en grandes gotas,  
cayó al suelo con fragor su sangre blanca.  
Como trágico alarido de dolor, se oyó del trueno  
la potente voz que el eco repercute en las montañas;  
el caer de un cuerpo luego, y un gemido doloroso,  
y siguió entre cielo y tierra la sombría y cruel batalla.

## IV

Por un claro de las nubes asomó su faz la luna,  
y de nuevo derramó su luz de plata;  
vióse el suelo del jardín lleno de flores  
de sus tallos arrancadas...

Y delante de la reja  
es amargura y dulzor,  
es un punzante escozor,  
que me hiere sin piedad.

Algo que no sé decir,  
algo que no sé expresar,  
algo que me hace sufrir,  
algo que me hace sentir  
el deseo de llorar.

¡Llanto amargo como el mar!,  
va en él todo mi dolor,  
el dolor de un trovador,  
que sufriendo por amar  
vive muriendo de amor.

JUAN VILLAVERDE





## COSAS DE LA GUERRA CUENTO

Atardece.

En la terraza del Casino de X..., los bañistas entretienen con juegos y periódicos las últimas horas del día, aburrido y triston.

En uno de los grupos se discute sobre la guerra.

—¡Cuán diferente de la verdad, resulta a través de los relatos de los diarios y partes oficiales...! De cerca mata toda ilusión, destruye toda leyenda. Y hay en la misma tal floración de odios inexplicables, de rencores extraños y enconos tan crueles, que las diversas contingencias de la lucha convierten en amorales, malvados y perversos a seres que antes fueron muy distintos... No es paradoja, no. Lo sé por experiencia... Patria, honor, sentimientos, deber, conciencia, todo se mixtifica y confunde, desaparece y se borra ante la realidad maldita... Por desgracia, puedo probar mis asertos...

Y el teniente Ravier, joven apuesto; de cabellos rizados, nariz aguileña y ojos vivos y ardientes, suspiró interrumpiéndose un momento. Prosiguió.

—Con la promoción del año 12, salí oficial de Saint-Cyr. Tenía fe absoluta de mi carrera. Puedo asegurarles que desde que tuve uso de razón, despericé en mí con ímpetu tenaz e irresistible la vocación militar. Recién salido de la Escuela, me incorporé al 3.º de dragones, y al estallar el actual conflicto marché al Mosa con mi escuadrón... ¡Con qué noble afán acudí donde mi patria me llamaba! Asistí a la batalla del Marne en Septiembre, estuve en

los combates del Woivre, Haye y Les Epargues, y aquellas carnicerías me conmovieron, destemplando mis nervios; mas la eostumbre, el hábito, el peligro mismo, amortiguó mi sensibilidad y apaciguó mi angustia. ¡Persistió el ideal; siguió mi sueño...!

Cierto día del pasado Mayo, hube de ir con una sección de mis jinetes, de descubierta, a Thiancourt. Finaba nuestra jornada cuando nos sorprendió la noche. La luna rieló en nuestras armas y corazas, rumoreó el bosque con misterioso batir de alas de insectos, tenues roces de las hojas de los árboles, mansos susurros de arroyuelos que surcaban la floresta y agudos gritos de las aves noctívagas que escondía la espesura... De cuando en cuando, el silbar de una granada, estremecía el aire, interrumpiendo los murmullos campesinos. Los alemanes bombardeaban nuestras trincheras de Aspremont... Más de una vez se encabritó algún caballo al percibir bultos inmóviles que obstruían el camino o llenaban las cunetas. Eran *boches* caídos al batirse en retirada hacia Mortmare.

Uno de mis soldados, conocedor de la localidad, que marchaba en vanguardia, volvió grupas:

—Mi teniente, ahí en el Bois-Brûlé, a la izquierda, está la granja de Hartot...

Mi consigna era pernoctar entre el Bois-Ailly y el Bois-Brûlé. La indicación del soldado era oportuna. Penetramos en el bosque en pos de nuestro guía. A la media hora de marcha por la fronda,



llegamos a la granja. Mi dragón llamó aporreando a la puerta:

—¡Annie! ¡Madre Vauclín!... Soy Juan Guelú, el de la granja de Saint-Mihiel. Me acompañan un oficial y veinte soldados del 3.º de dragones.

No respondieron.

Un perro ahulló en la corraliza.

Segundos más tarde, a través de la cerradura del portón del patio, brilló débil hilo de luz, y una voz cascada, interrogó medrosa:

—¿Quiénes sois?

—Franceses, madre Vauclín. Ya os lo dije: soldados del 3.º de dragones...

Chirriaron cadenas y cerrojos, y una vieja decrepita, nos franqueó la entrada.

—Annie está en cama; dió a luz ayer—dijo la anciana dirigiéndose a Guelú. Luego añadió:

—Adelante, señor oficial... Entrad, entrad todos...

Aviados los caballos y dispuesto el servicio de vigilancia, pasamos al interior de la vivienda.

Mis hombres, despachaban con avidez sus provisiones con el apetito natural después de tan larga caminata. Les imité.

—¿Y Jacques?—preguntó a Guelú la vieja,—¿Qué sabes de él?

—Que antes de tres días, se hallará aquí con el grueso de las tropas. Ahora está en Aspremont, en la cota tercera... Si persiste el avance del ejército no tardaréis en verle. ¡Qué alegrón para Annie!

La anciana movió tristemente la cabeza.

—¿Quién sabe...! Temo y deseo su llegada... ¡Pobre Annie!

Clavando en mí su mirada con fijeza continuó:

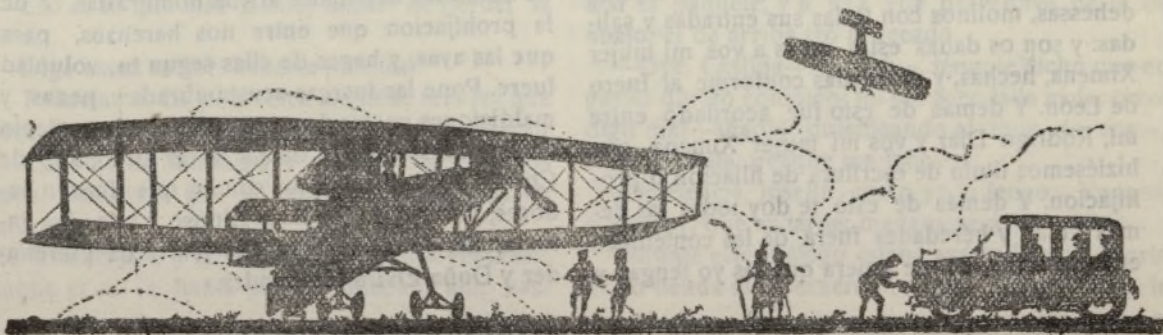
—¡Oídme, señor oficial; escuchadme vosotros soldados de la Francia, y si podéis, vengadnos! Mi hijo Jacques, casó en Agosto último. Tú estabas aquí cuando la boda: ¿la recuerdas Guelú? Sí, Annie era hermosa; Jacques era el mozo más galán de la comarca... La pareja gozó poco tiempo de su dicha; tres días después del enlace, la patria llamó al varón. Annie y yo quedamos solas. La misma noche que partió mi hijo, invadieron el país los alemanes,

y a la mañana siguiente una sección de tiradores bávaros aportó por aquí. Tendieron cables, montaron aparatos telefónicos, y ultimadas sus tareas, pidiéronnos provisiones y bebidas. A media tarde se fueron, permaneciendo en la granja seis soldados y un subteniente para cursar los despachos y comunicaciones a sus fuerzas... Llegó la noche: el oficial y sus soldados hablaban en su jerga incomprensible. De pronto el subteniente se arrojó sobre Annie y uno de los soldados se abalanzó hacia mí... ¡Oh, como nos vejaron y ultrajaron aquellas fieras! Marcharon al clarear la aurora. Annie quedó como atontada; yo también. Pasadas algunas semanas, Annie conoció que estaba en cinta. ¿De quién, Dios mío? ¿De Jacques, de su esposo, o de uno de aquellos bávaros miserables? Transcurrió el tiempo y aún sigue la horrible incertidumbre... Dió a luz ayer; ambas contemplamos al pequeño ansiosas, febriles, esperanzadas, creyendo encontrar en sus facciones un indicio, un destello, un vestigio, una sombra que aclare nuestras dudas... ¡Es en vano...! Hay veces, que en los ojos azules del niño creo ver la mirada de mi Jacques, y otras, hallo en sus cabellos rubios el trazo inseguro del maldito que quizás lo engendró... Annie está desesperada su horroroso suplicio acabará por matarla, si antes no enloquece...

—Desde aquella noche, dejé de ser soldado. Me obsesionó el recuerdo de la infeliz Annie. Patria, honor, deber, conciencia, sentimientos, todo quedó supeditado al amargo sabor del triste drama... Y desde entonces maté y herí con gozo insano, con deleitación furiosa, con sadismo increíble, con amoralidad perversa... Una bala de obús libréme de aquel infierno... Perdí un brazo; de haber quedado útil hubiese solicitado mi retiro...

El teniente Ravier enmudeció y sus ojos vagaron en contemplación de las postreras luces vespertinas que teñían el horizonte con sombríos ramalazos como huellas de sangrientas pinceladas...

VICENTE PLÁ





## UN DOCUMENTO CURIOSO

*Todo lo que se refiere al Cid tiene para nosotros un interés extraordinario. Por ello es curiosa la siguiente carta de Arras, que Rodrigo Díaz, Campeador, dió a su mujer Ximena Díaz, sacada del original que está en el archivo de la Santa Iglesia de Burgos escrita en letras góticas, y pergamino.*

«En el nombre de la Santa e individua Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que crió todas las cosas visibles, siendo un solo Dios, cuyo reino permanece para siempre: Sabida cosa es de muchos, y por pocos declarada. Yo pues Rodrigo Díaz tomé por mi mujer a Ximena, hija de don Diego, Duque de las Asturias, y prometí de dar a la dicha Ximena el día que me case con ella, las villas aquí nombradas, y hazerle de ello una escritura firme, dando en ella por fiadores al conde Pedro Assurez y al conde García Ordoñez de que serían ciertas todas las heredades que son en Castilla, las quales son las siguientes. La parte que tengo en Cauia y en otra Cauia, otra parte que fué de Diego Velazquez, y en Mazuelo, y en Villayzan del campo de Munio, y la parte que tengo en Madrigal, y en Villa sauce, y en Escobar, y en Grajal, y en Judero, y en Quintanilla de Morales y en Boada, en Sarmanzeles, y en villa Gato, y en Villayzan de Treviño, y en Villamayor, y en villa Hernando, y en Vallecillo, en Melgosa, y en otra parte en Boada, en Alcedo, en Fuentevilla, en Santa Cecilia, en Espinosa, en villa Nuez, y en otra Nuez, y en Quintana Lainez, en Villanueva, y en Cerdinos, en Vibar, en Quintana Fortunio, en rio de Seras, y en Perquirino, y en Ubierna, y en Quintana Montane, y en Moradiello, con el monesterio de San Cypriano, en Valdecañas, y valle Villanbistia todas las partes que tengo. Doy te todas estas villas sobre dichas, por las villas que me sacaron Alvar Fañez y Alvaro Alvarez mis sobrinos. Demás de las quales te doy las sobre dichas partes con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehesas, molinos con todas sus entradas y salidas: y son os dadas estas arras a vos mi mujer Ximena, hechas, y otorgadas conforme al fuero de León. Y demás de esto fué acordado entre mí, Rodrigo Díaz y vos mi mujer Ximena, que hiziésemos título de escritura de filiacion o prohibicion. Y demás de esto te doy todas las demás villas, y heredades fuera de las contenidas en estas arras, donde quiera que las yo tenga, y

tú puedas aver enteramente por razon de esta prohibicion; así las que agora tenemos como las que en adelante ganaremos, y aumentar pudiéremos. Y si yo Rodrigo Díaz muriere antes que vos mi mujer Ximena Díaz, y vos permaneciéredes viuda en mi fe sin casaros otra vez, tengais la dichas villas en título de prohibición o de tus arras, y todo lo demás que yo dejare. Y todo lo que quedare dentro de mi casa de bienes muebles, gavillas, ganado, caballos, mulas, lorigas, y armas, y todo el demás adorno de casa, quierò que sin tu voluntad no se dé cosa alguna ni a mis hijos, ni a otra persona del mundo. Y después de tu muerte lo hayan todo los hijos que de mí y de tí nacieren. Y dado caso que yo Ximena tomare otro marido, pierda por el mismo caso todos los bienes que por razon desta prohibicion y arras recibo y lo hayan los hijos que de vos y de mí nacieren. Y así mismo yo Ximena Díaz prohijo a vos Rodrigo Díaz mi marido de estas mismas arras, y de todos mis bienes muebles, y de todo lo que heredare en la forma sobre dicha: esto es, villas, oro, heredades, plata, yeguas, mulas, armas, y todo el adorno y menaje de nuestra casa. Y si fuere que yo Ximena Díaz muera antes que vos mi marido Rodrigo Díaz, heredeis toda mi hacienda, como queda dicho, para que seas señor de todo ello y lo puedas dar a quien quisieres despues de yo muerta: y después de tu muerte, marido mio, Rodrigo Díaz, lo herede y aya todo los hijos que de tí y de mí nacieren. Lo qual todo así otorgo y prometo yo el dicho Rodrigo Díaz, a tí mi mujer Ximena Díaz por tu mucha hermosura, y en fe, y pacto del matrimonio virginal. Tambien nosotros los dichos conde D. Pedro, hijo de Assur y el conde D. García, hijo de Ordoño, que somos fiadores y así lo seremos. Por tanto yo el sobre dicho Rodrigo Díaz otorgo esta carta a tí Ximena Díaz, y quiero que sea firme, de todas las heredades arriba nombradas, y de la prohibicion que entre nos harenos, para que las ayas, y hagas de ellas segun tu voluntad fuere. Pone las fuerças acostumbradas, penas, y maldiciones contra los que en quebrantamiento de esto fueren. Es la data a 19 de julio, año de Christo 1074. Firman los condes que fueron fiadores, y luego el Rey Don Alonso y las dos infantas hermanas del Rey, D.<sup>a</sup> Hurra ca Hernandez y Doña Elvira Hernandez.»





(Continuación).

dieron al palomo con la paloma y se lo llevaron apiolado.

—Y ¿hace tiempo de esto?—pregunté al final de la narración.

—Un mes escaso. El guardabosque está entre la vida y la muerte, y hame dicho mi abogado que el proceso no se substanciará hasta que el otro sane o espiche, pues, según el desenlace, así ha de calificar el fiscal.

—Y usted ¿qué le desea?

—¡Recontra! Que reviente de una vez. Le perdoné la vida entonces, pero ahora le quitaría cien que tuviera, por haber mentido en su declaración.

—Pues si cura puede estar tranquilo, porque la justicia pondrá el mar entre los dos.

—Eso dicen, que me mandarán a Ceuta. Esto está en tierra de moros, ¿verdad?

—Sí, en Africa.

—Pues se conoce estaba escrito que yo había de dar con mis huesos en esa tierra; porque al Africa pensaba escapar yo, a Argel, a establecerme con algunos ahorros que tengo y llamar después a la novia.

—Esto se llama dejarle a uno compuesto y sin novia.

—Eso es lo que más siento; haber de perder la novia.

—Diga usted mejor, haberla perdido.

—Todavía no. La pobrecica me tiene más ley que nunca. Para estar más cerca de mí se vino a servir a este pueblo de Manzanares y todos los días nos vemos. Apostaría que no tarda cinco minutos en aparecer.

Se levantó José y me llevó a una de las ventanas. Aunque el sol se había puesto, quedaba aún bas-

tante luz. El único ruido que subía de la calzada era el de una carreta cargada de heno y los gritos del boyero animando a la yunta.

Casi rozándonos hacían los murciélagos su ronda vespertina. José se entretenía en darles cañazo desde la ventana.

De pronto, vió colarse un buho por la otra, y con mucha maña le hizo caer en el pavimento, entregándolo al gato, que le zarandeó hasta matarlo.

—¡Qué bicho tan asqueroso!—decía José—Caza los pájaros como a mí el guardabosque, por sorpresa y en tinieblas. Cada avechucho de estos que mato se me figura matar a mi enemigo.

En esto se oyó una voz en la acera de enfrente.

—¡Joselín, Joselín!

Me asomé a la otra y ví plantada en la acera de enfrente una moza aldeana con un cántaro a los pies.

—¿Cómo tan tarde?—le dijo José—. Ya creí no verte hoy.

—Llévome el ama a la huerta—contestó la moza—y hasta ahora no despachamos. Con el pretexto de la fuente hice esta escapada para verte y traerte tabaco. Baja con que lo ate.

El preso deslió la cuerda, la moza se acercó a atar el paquete, y a una voz preventiva de la de abajo, el de arriba izó el recado.

—Oye, Casilda—le gritó—, téngote dicho que no gastes dinero conmigo; no me hace falta nada; pero, digo mal—añadió dulcificando el tono de voz—, todo me falta, porque me faltas tú.

—Paciencia, Joselín, como yo la tengo... Ya te vi, y me voy, que es tarde; mañana será otro día.

Durante este diálogo estaba asomado a la puerta de su tienda el tabernero, testigo, como yo, de la



entrevista de los amantes, el cual, ida la moza con el cántaro a la cabeza, llamó a José, que aún seguía en la ventana:

—Oye, José; ¿sabes en qué nos parecemos tú y yo mayormente cuando Casilda está aquí? En que los dos hemos de contentarnos con una ración de vista.

Empezaba a obscurecer y dejamos la ventana al tiempo que la campana del pueblo tocaba a oración.

Algo esperaba el gato a estas horas, cuando no se apartaba de la puerta y daba repetidos maullidos. En efecto: por la puerta apareció el celador con la pequeña marmita del rancho. La dejó en el suelo, añadió aceite al farol de la cuadra, lo encendió y fué, no sin darnos las buenas noches.

Los dos presos y el gato atacaron con fruición la pobre menestra, y acabada que fué, a dormir...

Muy de mañana, antes de la hora en que mi compañero esperaba al celador con el café, compareció el guardián, pero sin el brebaje.

—Recoja usted lo suyo y vámonos—me dijo de sopetón—. Está usted libre.

No esperaba tan pronto desenlace; así que sin preguntar nada, salí instintivamente del encierro como pájaro que ve abierta la jaula.

—Adiós, compañero—hube de decir a José, dándole la mano—; adiós, y no desespere de su suerte.

—Sea lo que Dios quiera—me respondió con tristeza—. Vaya usted con Dios.

En la portería encontré al guardia de la víspera, que a la cuenta me estaba esperando.

—Amigo: de buena se ha librado usted—me dijo—; pudo ser mucho, pero no fué nada. Por esto queda usted en libertad.

—Déjese de medias palabras—repliqué en alta voz—. ¿Por qué me trajeron aquí? Estoy cansado de preguntarlo.

—Ahora lo sabrá usted—me respondió el empleado municipal—: ayer tarde, al levantarse de junto la casilla del peón caminero de fumar un cigarro, soltó usted la colilla encendida y prendió fuego a un garbanzal. Siendo el plantío del alcalde, al ver tanto humo, el peón se creyó obligado a dar parte contra usted. Como esta clase de descuidos son punibles, por primera providencia vino usted a la cárcel. Luego se averiguó que fué nada entre dos platos: el viento corrió la llama hacia el camino y el incendio se cortó. Como la pérdida se redujo a un puñado de plantas que en suma hubieran dado un celemin de garbanzos, el señor alcalde, comprendiendo, además, que el siniestro no fué intencionado, me envió a ponerle a usted en libertad y que le entregue esta peseta para ayuda de viaje.

Y dirá más de un lector: la inmediata sería rechazar indignado la vil moneda. Pues no señor; la inmediata fué tomarla y guardármela bonitamente.

## LIBRO CUARTO

### MI ENTRADA EN ANDALUCÍA

#### I

#### EN SIERRA MORENA

Los pueblos de por aquí son prósperos. Sus producciones, muchas y variadas: cera y miel, criadillas de tierra, frutas y ricos caldos. *Valdepeñas*, que da nombre al borgoña español, es la última ciudad manchega que encuentra el viajero camino de Andalucía.

Para entrar en ésta hay que atravesar una barrera de montañas. La carretera va subiendo lentamente, el horizonte se estrecha y se llega al punto culminante de la ascensión en *Venta de Cárdenas*. Aquí se abre el puerto o desfiladero de Despeñaperros, famoso por las pretéritas hazañas de los bandidos andaluces aquí apostados para la limpia de diligencias y sillas de posta. Es una sorprendente quebrada entre un conjunto de desnudos riscos, que forman montaña entera a un lado del camino, y un profundo barranco perpendicular al otro lado. La extraña forma que presentan las rocas en una y otra falda de esta montaña les ha valido el nombre de *Organos de Despeñaperros*. La carretera recorre, a la mitad de la falda, la derecha del barranco, y está a una altura tal, que el espectador siente vértigos mirando por el sitio llamado *Salto del Fraile*, enorme quiebra vertical que hace el camino.

Estamos en el corazón de Sierra Morena. Aquí, en lo más fragoso de ella, se levantan *La Carolina* y *Santa Elena*, poblaciones nuevas que de orden del Rey Carlos III se fundaron con emigrantes alemanes, mudando así de aspecto este territorio, hasta entonces guarida de salteadores.

Con mucha fatiga, pero con buen ánimo, hice, en menos de dos días, los veintitantos kilómetros que van desde la sierra a la llanada. Y eso que, para acortar camino, dejé la carretera y seguí la vía del tren.

En todos los túneles y puentes había un siniestro rótulo con esta inscripción: «Se prohíbe el paso.» Pero yo los pasé sin que nadie me lo prohibiera. De tarde en tarde cruzaban junto a mí los trenes, que yo veía pasar con cierta melancolía, porque, a la verdad, la jornada era ruda. Los pasajeros, aso-



mados a las ventanillas, me tomaban por un merendigo errante, y más de una vez ocurrió que me arrojaban envoltorios de papel con pan y fiambres, ordinario *lunch* de los trenes.

Con lo que estuve admirablemente servido, porque me comía las tajadas y guardaba los periódicos en que venían envueltas para leerlos plácidamente sentado, en los descansos de la marcha y enterarme de los sucesos del día. Era tan poco el dinero que me quedaba que temí no me alcanzara para llegar a Córdoba. En consecuencia, hube de apelar a no pocos expedientes. Uno de ellos, y el que mejor resultado me daba, era comprar pan en los pueblos o en las cantinas de las estaciones y a los pocos kilómetros dárselo a las mujeres de los guardavías para que me hicieran *gazpacho*, manjar que refresca y alimenta mucho. Las buenas mujeres, poco acostumbradas a comer pan tierno, se prestaban gustosas a ello, y tan ventajoso les parecía el trato que ponían de su parte los otros administrículos, amén del aliño.

¡Ríome de los gazpachos que antes y después comiera a manteles! ¡Qué sabrosidad, qué rica las de los gazpachos de mis guardesas! Ellos fueron mi único alimento por esos caminos andaluces, y, sin embargo, me mantuve fuerte y animoso.

Animoso sobre todo. Es imposible dar una idea de la sensación de bienestar y de vida que en mí despertaba la vida nómada, ahora que el organismo se iba acostumbrando al medio ambiente. El espíritu se afinaba y adelgazaba tanto como el cuerpo. El cambio cotidiano de gentes y lugares, no menos que el latigazo dado al organismo por las duchas de sol y de aire, me hacían recorrer una gama de emociones sensitivas, algo así como cuando una sonata musical se transporta de un tono a otro.

La soledad es bien poca cosa para el hombre filósofo u observador. Las montañas comparten con el mar el privilegio de no cansar nunca la atención. Tan pronto parecen acortarse las distancias poniéndose las cumbres a plan del terreno, tan pronto se alejan éstas y se agigantan en lontananza, llevándose a rastras los ojos y la imaginación. En una misma hora, según los efectos de luz y sombra, un mismo lugar cambia totalmente de aspecto; el paisaje más idílico se antoja terrible por un simple cambio atmosférico, y viceversa.

Uno de estos cambios atmosféricos, una tempestad de verano que descargó en la sierra, me obligó a refugiarme en la caseta de un guardavía. Para colmo de desdichas empezaba a oscurecer.

Toda la tarde había estado oteando las amplias llanuras de Vilches y Las Navas, y cuando me prometía pasar buena noche, teniendo por yáciga la

pratense hierba en vez del pedregoso suelo serrano, ¡hete aquí que el adusto cielo ataja mis pasos y mi pensamiento, deteniéndome como Moisés a la vista de la tierra de Canaán!

Llegué a la caseta molido, mojado y hambriento, que son las tres cosas peores que pueden ocurrir a un caminante.

El guarda y su mujer me acogieron hospitalarios,



y, como a los demás, les hallé propicios a mi martingala gazpachera. Como seguía lloviendo, dilataba el momento de irme, pues no había que pensar en quedarse a dormir en la caseta, por tener prohibido los guardas dar alojamiento a ningún forastero.

Yo, que sabía esto muy bien, dije al guarda:

—Mala noche me espera. Tendré que andar quietas que no; pues, como no sea debajo de alguna alcantarilla, no hallaré un palmo de tierra seca donde tender la manta y dormir.



El guarda me miró y no dijo nada.

Estábamos en la cocina, donde la mujer limpiaba la vajilla al resplandor del farol reglamentario que sirve para avisar a los trenes, pero que ahora hacía veces de farol doméstico.

—¿Sabes a quién me ha parecido ver pasar?—oí que decía ella a él—. Al *Guerra* con su cuadrilla.

—Sí; también los vi yo en la parada de la estación—replicó el guarda.

—¿Hablan ustedes de *Guerrita*?—pregunté terciando en el diálogo.

—Sí, señor—repuso el hombre—; hablamos del rey de los toreros. ¿Le ha visto usted torear alguna vez?

Hay que advertir que por aquel entonces *Guerrita* aún no se había cortado la coleta y estaba en el apogeo de su fama.

—¿Se lo pregunta usted a un madrileño?—repliqué con cierto retintín—; lo he visto muchas veces.

—Y ¿cuál le parece mejor, *Guerrita* o *Fuentes*?

Entonces puse paño al púlpito, y como sabía de antemano la opinión de mi huésped, le di por el gusto diciendo lo visto y no visto por mí y poniendo por las nubes el arte y la escuela del *Califa* de Córdoba. Hablé como un catedrático.

Tuve la suerte de no meter la pata, porque el guarda era un andaluz legítimo, gran aficionado a la tauromaquia, y pudiera cogerme en cualquier renuncio. Lo que hice fué encantarle y hacérmelo amigo.

Hablamos luego de Madrid y de sus grandezas; pero esto interesó más a la mujer que al guarda, porque éste había estado de guarnición en la coronada villa.

—¿Y viene usted a pata desde allí?—me preguntó él.

—Sí, señor—respondí—. ¡Qué remedio queda! Hasta Córdoba, donde me arreglaré.

Era mentira; pero tal era mi muletilla para evitar-me explicaciones innecesarias, y más que todo la nota de vago.

—Pues como usted pasan muchos por aquí—repuso el guarda—, en su mayoría harapientos y piojosos que no valen el vaso de agua que piden. Bien se ve que usted no es de esa calaña. Y para que vea que sé distinguir, le voy a remediar por esta noche.

Vi el cielo abierto. Supuse que me iba a brindar con el refugio de su casa; pero el remedio fué otro.

—Mire usted—me dijo—, dentro de media hora, más o menos, pasará por aquí el tren de carga, el tren carreta, como lo llamamos, porque va muy despacio. Casi todos los vagones van abiertos y vacíos, porque fueron con ganado de Ubeda y vuelven a cargar mineral en Linares. Pues bien: se pone usted al acecho en el andén, y cuando llegue, se

coge bien de un vagón, se sube al estribo y se mete dentro.

—Y ¿si me ven o me encuentran allí?

—No le verán, porque de noche los centinelas no están en las garitas, y no le encontrarán porque



tampoco hacen requisa. Lo que sí debe procurar es apearse antes de llegar a Linares, porque la expedición no sigue la línea de Baeza, sino la del otro ramal, en el empalme de Vadellano. Pero por todas partes se va a Roma, ¡digo! a Córdoba. En Linares tomará usted la carretera de Andújar, y a las doce leguas se pone en Córdoba.

(Continuará.)